



#coleccionfueraadeserie

TREN EN MOVIMIENTO

EL 8vo. LOCO  
EDICIONES

**CONEY ISLAND**

# CONEY ISLAND

DAMIÁN  
TABAROVSKY

F U E R A D E S E R I E

3

*a Vero*

Tabarovsky, Damián

Coney Island / Damián Tabarovsky. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :  
El 8vo. Loco ; Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Tren en Movimiento Ediciones,  
2016.

76 p. ; 25 x 16 cm. - (Fuera de serie ; 3)

ISBN 978-987-27015-8-1

1. Literatura Argentina. 2. Novelas Policiales. I. Título.  
CDD A860

---

Edición: Ana Ojeda

Interiores: Alejandro Schmied

Diseño original de tapa: Laura Ojeda Bär (laura.ojeda.bar@gmail.com)

Imagen de tapa: [www.hubblesite.org](http://www.hubblesite.org)

Lectura de galeras: Pía Bouzas

Este libro puede leerse y descargarse de manera gratuita de: [www.el8voloco.com.ar](http://www.el8voloco.com.ar)  
y de: [www.trenenmovimiento.com.ar](http://www.trenenmovimiento.com.ar)

© 1996, 2016, Damián Tabarovsky

© 2016, El 8vo. loco ediciones

fb: /el8vo.loco

[el8vo.loco@gmail.com](mailto:el8vo.loco@gmail.com)

© 2016, Tren en movimiento ediciones

fb: /trenenmovimiento.ediciones

[trenenmovimiento@gmail.com](mailto:trenenmovimiento@gmail.com)

Se terminó de imprimir en  
Bonus Print, Luna 261, CABA  
en el mes de marzo de 2016

Impreso en Argentina – *Printed in Argentina*

EL CADÁVER APARECIÓ desarmado, cortado en fetas de suave espesor, iluminado de astillas, roto en pedazos, descuartizado con perverso fervor, seccionado cada dedo, del pie, de la mano; el codo un acordeón, el cuello violáceo, las costillas de arena, las uñas encarnadas, los dientes negrísimos, la lengua un moño, un ojo extraviado, las orejas cambiadas, un puré el fémur, los tobillos mentolados, el cuerpo un verdadero mal gusto...

Dupont estaba entre la gente amontonada, mirando. Estaba en esa esquina por azar. Podría haber estado en otra esquina, en otro lugar, en el bar de siempre tomando un whiscola, hojeando el diario, viendo pasar la gente, las piernas de las chicas. Podría haber estado en esa misma esquina pero a otra hora, dos minutos antes, tres cuartos de hora después, podría haber estado en tantas partes, en tantos puntos geográficos, en tantas otras situaciones y modalidades, que fue más que un azar que Dupont se encontrase en el buen sitio a la hora precisa. Es más: Dupont estuvo, efectivamente, a punto de no estar en esa esquina cuando se desencadenó el drama. Pero Dupont siempre desestimó sus obligaciones. Desde su más tierna infancia se encargó de restarle importancia a los compromisos, a las citas. A la escuela no iba nunca, en matemáticas era un lego, en física un dejado, en historia un desmemoriado, la literatura le traía dolor de cabeza. A los entierros no iba, en los velorios contaba chistes, en los bautismos lloraba de tristeza. Nunca entró a una iglesia. Esa tarde tenía cita con el dentista, el Dr. Brodsky. El Dr. Brodsky es un admirador de la obra de Wagner. Hace conductos tarareando *Tristán e Isolda*, mueve el pie izquierdo al compás, o casi: el Dr. Brodsky es muy malo para la música. Dupont tenía floja una emplomadura y lo había llamado por teléfono esa misma mañana. El Dr. Brodsky le dio turno para las tres y cuarto. A las

tres y diez, Dupont se encontró en esa esquina, a unos pocos metros del consultorio del Dr. Brodsky, frente a un negocio de electrodomésticos. Miró su reloj –eran las tres y once– y al levantar la vista vio un inmenso televisor, con pantalla de cincuenta y un centímetros, negro, sólido, robusto y barato. Dupont recordó que su televisor hacía tiempo que andaba mal. El sonido iba y venía sin lógica alguna, las leyes del potenciómetro le eran ajenas; los días buenos la imagen ondulaba como una odalisca, los de lluvia no se veía nada. Dupont entró al negocio. Inmediatamente reconoció a la empleada –Dupont tiene una memoria envidiable–. La empleada no era otra que la señora de Cameiro, la antigua secretaria del Dr. Brodsky. ¿Qué estaría haciendo ahí? ¿Qué buscaría en un negocio de televisores? ¿Buscaría un televisor? Dupont la reconoció al instante, pero por un momento pensó que la señora de Cameiro era también una clienta. Pensó que la señora de Cameiro estaría ahí a causa del televisor, que quería comprar un nuevo televisor. O tal vez, un equipo portátil con disco láser, radio FM, parlantes desmontables, visor automático. Pensó que podía ser eso o cualquier otra cosa, una afeitadora eléctrica multiposición, una licuadora, una multiprocesadora; inclusive no tendría por qué ser un artefacto todo entero, la señora de Cameiro podría tener cualquiera de esos artefactos, podría tener todos y cada uno de los artefactos que se exponen en la vidriera, que se ofrecen en el salón, que descansan en el depósito, podría tener todo lo que está a la venta y estar ahí, en ese negocio, esa tarde, a esa hora, sólo para buscar un repuesto, para comprar la pieza que algún sobrino inquieto podría haber roto o dañado y que impide que el aparato funcione correctamente. En todo esto pensaba Dupont cuando percibió que la señora de Cameiro no era una vulgar clienta sino, simplemente, la vendedora. Dupont se acercó a la señora de Cameiro y le dio cortésmente la mano. La señora de Cameiro le dijo que ya no trabajaba más con el Dr. Brodsky, que era mucho mejor así. La señora de Cameiro le preguntó qué deseaba y Dupont le contestó que tenía cita con el Dr. Brodsky y que luego de mirar la hora en su reloj, vio que había un buen aparato de televisión en la vidriera y que había decidido entrar para verlo de cerca. La señora de Cameiro le preguntó si pensaba comprarlo, pero Dupont contestó que no, que su televisor funcionaba muy bien; Dupont no siempre es sincero. Hablaron, se dieron –otra vez– la mano y se despidieron. Salió Dupont del negocio y era ya evidentemente tarde como para ir a la cita con el Dr. Brodsky. Miró nuevamente la vidrie-

ra. Pensó que finalmente hubiese sido mejor decirle que sí a la señora de Cameiro, decirle que tenía en vista comprar un televisor, de esa manera la señora de Cameiro le hubiese mostrado el aparato de tevé, le hubiese explicado los secretos del control remoto, de la programación automática, de las salidas para la videocasetera. Así Dupont hubiera podido hacerse una idea sobre la veracidad del producto, sobre la certeza de las bondades ofrecidas detrás de la vidriera. Los vidrios de las vidrieras parecen cristalinos pero son de una sutil opacidad: los productos se deforman, se inflan, se contraen, se amañatan según la necesidad (Dupont es un buen detective y eso lo sabe bien). El detective miraba el televisor y dudaba entre entrar nuevamente y no hacerlo, más bien estaba inclinado por esto último, sobre todo porque la señora de Cameiro estaba ocupada con otro cliente, con una pareja de clientes. Él era un tipo de unos cincuenta años, no más de un metro setenta, ojos verdes, incipiente papada. Ella tendría algunos años menos, vestido marrón, zapatos al tono. La señora de Cameiro les estaba ofreciendo justamente ese televisor, el televisor que debería pertenecer a Dupont si Dupont no hubiese dudado, si no hubiese dicho una tonta mentira sobre el buen funcionar de su aparato, si se hubiese decidido a tiempo. El de la papada parecía entusiasmado con la tevé, la mujer también. ¿Quién sabe? Quizás les convendría más un equipo de audio. Dupont comprendió que no era un buen momento para comprar un televisor. Lo comprendió, casi, en exceso. Había dejado pasar una buena oportunidad y eso le disgustaba, lo ponía nervioso, de mal humor; lo ponía loco, totalmente loco, como un avestruz con tortícolis, un lince tuerto, una pantera albina. Estaba entrando en un estado segundo, alterado, fuera de sí. Necesitaba calmarse, volver al estado inicial –estado primero–, al punto de partida. Pensó en algo que lo relajase, en uno de esos trabajos manuales que tanto amaba y que tanto hacía que no practicaba. Pensó en su favorito, el ribeteado. El objetivo de este ejercicio es forrar y ribetear, para eso se utilizan el doble centímetro, la tijera, el compás y la escuadra. De cartulina de color se construye un cuadrado cuyos lados midan 100 mm y se corta con la tijera. Cortar de un papel cuyo color corresponda al de la cartulina, otro cuadrado, cuyos lados midan 110 mm y se trazan diagonales en el revés del papel. Se pega la cartulina sobre el revés, bien en el medio, cosa que se puede hacer fijándose en las diagonales trazadas. Se toma la escuadra y se coloca de tal manera que el canto interior de la hoja más larga coincida con la diagonal recién trazada,

y el canto exterior de la hoja más corta coincide con el vértice del cuadrado de cartulina. Se marcan las esquinas y se cortan. Finalmente, se doblan los cantos de papel, primero los dos opuestos y luego los otros dos. El detective pensó en esto y se calmó. Bajó los ojos hasta el bolsillo del saco, tomó el encendedor, un cigarrillo, lo encendió, pitó profundamente, miró hacia adelante. Estaba frente al cadáver.

LA POLICÍA HIZO la debida autopsia, los diarios informaron. Dos indicios conmovieron la opinión pública. Primero, en un pequeño papel debajo de la uña del pie derecho del cadáver de quien fuera alguna vez alguien con vida, vivito y coleando, alguien con sangre circulando por la venas y por las arterias –en un sentido unas, en otro, otras–, estaba escrita la frase: “¿Qué gusto tiene la sal?”. Segundo, este primer indicio estaba firmado. Decía “EEAPEPÉ”. Por cierto, no era necesario que el primer indicio estuviese firmado para que Dupont se diese cuenta de que el crimen provenía de la banda de la EEAPEPÉ. Más que una banda, la EEAPEPÉ era una organización total, una especie de meta-mafia. Para Dupont era su obsesión, su vicio. Había estado tras ella durante años. En Japón, en Francia, en China, en la ex URSS, pero siempre llegó tarde, a destiempo, nunca aclaró nada. Pero ahora, en su ciudad, en su territorio, era su oportunidad. Una duda recorrió su ser. ¿Sería capaz de vencerla? ¿De derrotarla? ¿De estar a la altura de la responsabilidad? De algo no tenía duda: el destino lo ponía –como una prueba– frente a la EEAPEPÉ. Algo tenía claro, ese era típicamente el *modus operandi* de la EEAPEPÉ: la pulcritud del descuartizamiento, la precisión envidiable, el esteticismo de la sangre. Todo, absolutamente todo, hacía pensar en la EEAPEPÉ. Ahora Dupont estaba ahí, frente al cadáver, de cara al mal. El cadáver era la punta de un iceberg, ¿qué habría debajo? ¿Habría hielo? ¿Sangre? ¿Pasión y drama? Dupont no tenía más dudas, la certeza lo había invadido como las avispas a la miel. Lo dejó frío como frente a una revelación: tendría que vérselas, a todo o nada, con la EEAPEPÉ. La vida del detective había cambiado en cuestión de segundos, en décimas de segundos, en instantes. ¿Cómo sería estar frente a frente con

la EEAPEPÉ? ¿Cómo se hace para matar una obsesión? ¿Sería eso posible? ¿Cómo se sale de un caso como éste, de un caso definitivo, una situación límite? ¿Ileso? ¿Tocado? ¿Hundido? Suspiró. Pensó. ¿Estaría frente a un reto mortal? ¿Y cómo sería estar frente a uno? ¿Sería como sentir el vértigo de la aventura? ¿Como la brisa en la cara y el viento en el pelo y la lluvia en la espalda? ¿Como alguna de esas tres cosas? ¿Y cuáles de esas tres? ¿La brisa? ¿El viento? ¿La lluvia? Otra vez, suspiró. Dupont presentía el comienzo de días aciagos.

EL PRIMERO EN hablarle a Dupont de la EEAPEPÉ fue Issei Sagawa, un simpático japonés. Sagawa había estado preso unos meses por comerse a una holandesa en París. El japonés no era un simple caníbal, era más bien un eterno enamorado. En una entrevista al semanario *Takajarima*, Sagawa contó toda su historia: “Primero le corté los senos y después los freí [...] después me la comí y tuve una verdadera erección. La primera de mi vida”. A Dupont le importaba un rábano esta historia, cada cual tiene su propia ecología. Pero cada vez que interrogaba a Sagawa tenía que soportar la misma perorata, escuchar la misma historia; nada peor que un hombre enamorado. Sagawa escribió varios libros contando su caso. Un hombre enamorado ya es algo terrible, patético, pero un hombre enamorado que escribe autobiografías es, sin lugar a dudas, de manera absoluta y fácilmente corroborable, directamente insoportable. Uno de los libros de Sagawa –*En la bruma*– fue un verdadero *best seller* en el país del sol naciente. El libro dejó una ganancia neta de ochenta millones de yens, una pequeña fortuna. “Un gran autor de teatro –dijo Sagawa al semanario antes nombrado–, me llamó para decirme que mi escritura es muy pura y que veía en mi historia una simple historia de amor”. Ahora se dedica a la pintura: pinta mujeres occidentales desnudas, sin una pierna, sin un brazo. Su mejor lienzo se llama “Comer es la suma del éxtasis sexual”. Según la crítica, tiene lejanas influencias del arte conceptual. En fin, lo cierto es que Sagawa fue quien metió a Dupont en la pista de la EEAPEPÉ. En esa época trabajaba Dupont en un *affaire* de tráfico de órganos. Córneas, hígados, esas cosas. Siguiendo su

intuición, Dupont pensó que Sagawa podría aclararle las ideas sobre ese tema. Pensó Dupont que Sagawa sería capaz de informarle algo nuevo que él no conociera, que estaría dispuesto a develar algunos de sus secretos, de sus intimidades, de esas parcelas del alma que no se muestran, esos caprichitos que guardamos para siempre con nosotros, esas veleidades –quizás tontas, quizás no– que nos convierten en seres únicos, en piedritas preciosas. Pensó Dupont que podría sacar algo en claro de su entrevista con Sagawa, algo que iluminara su conciencia, algo que modificara su intuición o sus prejuicios o ambas cosas a la vez, y razón tuvo Dupont, porque Sagawa le fue extremadamente útil. El detective lo encontró en el hospital psiquiátrico de Matsuzawa, en las afueras de Tokio. Sagawa cometió el crimen en París, pero su padre –un próspero hombre de negocios– consiguió que lo extraditasen a Japón. Fácil fue para el acaudalado padre conseguir que su desdichado hijo pasara de la prisión donde se encontraba a un cálido hotel disimulado bajo el nombre de “hospital psiquiátrico”. Con un buen perfume francés o una caja de cigarros cubanos, en Japón se puede corromper al más honesto de los funcionarios. Dupont entró al hospital caminando lentamente. El cielo estaba despejado, corría una brisa de primavera. Los pajaritos entonaban su mejor canción. El detective pensó en apagar su cigarrillo, no sabía si estaba permitido fumar, si el aire viciado estaría autorizado en ese ámbito médico. Finalmente no lo apagó. Caminó unos metros, lentamente, firmemente, como sólo saben hacerlo los detectives y los cobradores de seguros. En las escalinatas había unas enfermeras. Dupont se presentó y una enfermera le dijo que se dirigiera al mostrador de “informaciones”. Dupont se dirigió al mostrador de informaciones. En el mostrador de informaciones había tres hombres. Dupont les preguntó si hablaban inglés. El primero dijo no. El segundo dijo no. El tercero no dijo no. No dijo nada. Dupont se interrogó sobre cómo interpretar ese silencio. ¿Qué podría significar su actitud? ¿Tendría algún significado? ¿Sería una forma refinada de la indiferencia? Dupont repitió la pregunta. El tercer hombre contestó que sí. El tercer hombre sabía inglés. El problema, ahora, era que Dupont no sabía inglés; pero mucho menos sabía japonés. Dupont explicó su caso. El tercer hombre le dijo que se dirigiera a la oficina de control médico. Dupont se dirigió a la oficina de control médico. En la oficina de control médico había un hombre y una mujer. Dupont les preguntó si sabían inglés. Los dos respondieron que no. Respondieron en japonés. Dupont no

sabía japonés pero intuyó que estaban diciendo que no hablaban inglés. La mujer salió de la oficina de control médico y volvió acompañada de un hombre. El hombre hablaba inglés. Dupont le contó el motivo de su visita. El hombre le dijo que debía dirigirse al segundo piso, a la oficina de permiso a los visitantes. Dupont se dirigió a la oficina de permiso a los visitantes. En la oficina de permiso a los visitantes había una cola de cuatro personas. Ninguno sabía inglés. Dupont esperó que llegase su turno. Cuando llegó su turno, Dupont le preguntó a la única empleada si sabía inglés. La única empleada dijo que sabía un poquito. Dupont le describió el origen de sus intenciones. La empleada le dijo que se dirigiera al despacho del director general. Dupont se dirigió al despacho del director general. En el despacho del director general Dupont se encontró con el director general. Dupont le preguntó si hablaba inglés. El director general hablaba inglés. Dupont le narró la razón de su presencia. El director general le dijo que volviera al día siguiente. Así procedió Dupont y al otro día Dupont se encontró con Sagawa. Sagawa había oído hablar de Dupont. Es común entre reos contar historias de detectives, la fama de Dupont no tenía fronteras. Dupont comenzó a explicarle su situación, el profundo respeto que le engendraba su persona –la de Sagawa–, su actitud de casi admiración. Obviamente el detective intentaba ganarse los favores del japonés, pero la táctica fracasó de inmediato. Sagawa era demasiado inteligente como para creerse esa mentira. El detective estaba interesado en hablar del tráfico de órganos, pero Sagawa quería hablar de dos cosas: de él mismo y de la EEAPEPÉ. Comenzó por lo primero, su tema favorito. Le contó de su amor por las holandesas, las alemanas, las austríacas, las suizas del norte, alguna que otra dinamarquesa. Le explicó del aliento que queda después de comer carne humana, un aliento rugoso, como si la boca fuese un hueco, un paraíso del eco, un laberinto sombrío, mucoso; como si la boca fuese una bóveda y el aliento un perfume de amor. Dupont escuchó en silencio, casi devotamente, casi en la parálisis de la experiencia estética, de lo sublime, pero no de lo sublime matemático, frío y abstracto, sino de lo sublime oceánico, carbónico, mineral y natural. Finalmente el japonés se dignó hablar de la EEAPEPÉ. Lo primero que le dijo era que se olvidase del asunto del tráfico de órganos, que en comparación con la EEAPEPÉ era un tema menor, sin importancia alguna, como comparar un perrito chihuahua con un salvaje ovejero alemán, un Citroën 2CV con un BMW, un sociólogo de la



literatura con un poeta, una vela con un reflector de estadio de fútbol, un adolescente travieso con un guerrillero, un niño torturador de sapos con un policía, un recién casado con un condenado a muerte, un retrasado mental con un político, un analfabeto con un presentador de televisión, una cucharita de avión con una vajilla de porcelana, un periodista de rock con un intelectual, un cómic con *El gabinete del Dr. Caligari*, un corte de corriente con un atardecer, un encendedor con la llama olímpica, un chino con un japonés. Pacientemente esperó Dupont que Sagawa terminase su descripción, hasta que su interlocutor comenzó a hablar del tema. Sagawa le dijo que la EEAPEPÉ era una banda terrible, atroz. Le describió su metodología: descuartizar, descuartizar, descuartizar. Dupont escuchaba con suma atención. El japonés continuó diciéndole las causas del proceder de la EEAPEPÉ: todas. La EEAPEPÉ era un poder paralelo, un Estado dentro del Estado, un mundo dentro del mundo, una meta-mafia, un rival de envigadura. Dupont le preguntó de dónde había sacado todas esas informaciones, pero Sagawa calló. Los orientales son personas muy reservadas. Sin embargo, la seguridad del tono de Sagawa alcanzó para que Dupont le creyese, para que se diese cuenta de la importancia del tema. El tono de la voz, la impostura fónica, la forma de articular, de mover la lengüita y los dientes, de agitar las manos y sacudir el cuello pueden persuadirnos de las cosas más insólitas. Dupont estaba algo cansado, la velocidad, la cantidad y el tipo de emociones recibidas era demasiado para un solo día. En realidad estaba más que algo cansado, estaba agotado. Suspiró. Tenía un pequeño dolor en los ojos, nada importante pero un poco molesto. Estaba levemente confundido, pero sabía algo definitivo, central, irremplazable: a partir de ese momento el tráfico de órganos no sería más su obsesión, ahora lo sería la EEAPEPÉ.

DUPONT ENTRA A un bar. Tiene las ideas confusas, quiere pensar un poco. El bar está casi desierto, los mozos se aburren. Saca una birome, comienza a tomar notas en su agenda. Hace dibujitos, planos de calles, probables persecuciones. Escribe números de teléfonos que él mismo inventa, posibles traidores. Querría tener una pista, una sola, un indicio. Algún otro indicio que simplemente: “¿Qué gusto tiene la sal?”. Esta pregunta no es un indicio, es una confirmación, una redundancia, la evidencia de que la solución no puede estar en otra parte que en la EEAPEPÉ. Querría otro tipo de indicio, una señal, una palabra secreta, una clave a develar, algo que le ayude a ver. Levanta la vista, suspira. En una mesa hay un hombre que parece preocupado. Es joven, tiene una birome idéntica a la suya. Toma, el joven, un vaso de vino blanco. Tiene el rostro tenso, parece nervioso. Dupont siente simpatía por ese joven, como si estar solo y nervioso en un bar fuese una forma del abandono, abandono de sí mismo, de todo lo que lo rodea, como si fuese a estar solo eternamente, para siempre, como si estuviese solo pese a que quizás espera a alguien, como si esperase a una mujer que nunca llegará, como si la esperase para decirle algo, pedirle perdón, perdón en secreto, perdón de la única manera en que se pide perdón, sin palabras, sin gestos, sin movimientos, esperando que el otro se dé cuenta de que es un perdón, un perdón grave, profundo; como si ese joven estuviese esperando a una mujer que fue su vida, un momento de su vida, un recuerdo en vida, una brisa; como si su rostro tenso fuese la metáfora de la angustia, no miedo, sino angustia, angustia sin causa, angustia como situación última, objetiva, como si la angustia fuese el peso de su existencia y su existencia fuese sólo su estadía en ese bar. Dupont piensa y cierra los ojos y dormita un momento, más que un momento. Comienza a soñar. Sueña con animales, con bichitos saltando y canturreando en el verde. Es extraño, Dupont siempre abominó de los animales, los perritos le dan miedo, los gatos alergia, las tortugas le sacan granos de pus, los peces le dan hambre, pero en el sueño los animales son simpáticos y agradables. Dupont se ve soñando y sonríe. Después comienza a soñar con ranas, reptiles, ofidios. Es un experto taxidermista, un especialista en sapos. Para preparar un sapo ya muerto, se lo lava con agua y jabón para eliminar la mucosidad de la piel. Asimismo, deben exprimirse las glándulas parótidas –que se encuentran a nivel del cuello por detrás de los ojos y del tímpano– debajo del agua para vaciarlas de veneno teniendo especial cuidado en no proyectar dicho líquido y ser alcanzado en

los ojos o mucosas, dada su toxicidad. Se quitan, con una pinza, los ojos, sin dañar los párpados y se eliminan los músculos de la cabeza. Se corta la lengua y se vuelve la piel a su posición normal, llenando la boca con agua y ejerciendo una pequeña presión. Se sumerge el pellejo así obtenido en una solución de treinta gramos de formol en un litro de agua durante once a catorce horas, para dar consistencia a la piel. Antes de armar el animal, se fijan los ojos en un vidrio de un centímetro de diámetro –con cera o yeso– en posición saliente. Luego se rellena el cuerpo, mientras la piel está todavía flexible –con cierta humedad– con aserrín fino que se introduce por la boca mediante el auxilio de una varilla delgada hasta llenar también las patas, pero no excesivamente, para poder darles la forma adecuada al flexionarlas. Entonces se coloca algodón en la boca, se unen los maxilares con un adhesivo y se da al sapo actitud de vida. Con todo esto soñaba Dupont antes de despertar. Despertó. Llamó al mozo, pagó la cuenta. Se levantó, caminó hasta la puerta, salió a la calle.

El detective llama por teléfono, busca informaciones sobre la EE-APEPÉ. Llama a amigos detectives, a soplones, a videntes. Está desorientado. Cada informante le da una pista distinta, una opinión diferente, contradictoria. Dupont escucha, atento. Sabe que su misión es decodificar ese laberinto, construir una cronología, una trama coherente, causal. O, inversamente, su función consiste en sospechar de los signos, preferir lo latente a lo manifiesto. Da vueltas, camina, fuma más de lo aconsejable. ¿Cuánto falta para entrar en acción? ¿Cómo vencer la espera? ¿Cómo sería cuando se enfrentase, al fin, con la EEAPEPÉ? ¿Qué haría? ¿Cómo calmarse? Decide seguir un consejo que alguna vez le dio un viejo maestro: “Para calmar los nervios, nada mejor que meterse en la vida de una persona”. El consejo se lo había dado un gran detective inglés que murió atropellado por un auto. El viejo detective había resuelto más de mil casos en su vida: millonarias mujeres ancianas engañadas por sus jóvenes esposos, estafadores en casinos de lujo, espías industriales, casos de corrupción política, falsos profetas, tráfico de plutonio, de armas, de animales para experimentación científica; colocó micrófonos ocultos en embajadas, despachos ministeriales, almohadas, radio-despertadores, cucarachas embalsamadas. Nunca trabajó en asuntos de crimen, la sangre le daba impresión. Dupont sale a la calle dispuesto a seguir el consejo: tiene que encontrar a alguien, algún extraño que le llame la atención, que lo inspire, y seguirlo, seguirlo todo un día, hasta saber todo sobre su

vida, o hasta saber todo lo que se pudiera saber de su vida, todo cuanto es posible informarse en solo un día; conocer los rasgos exteriores de esa persona, los hábitos, las costumbres, los futuros indicios. Todo lo que hacemos normalmente, lo que hacemos sin ver, sin pensar, naturalmente, de manera indiferente; todo lo que hacemos de manera casi displicente puede convertirse en indicios, en pruebas, en fatalidades el día en que alguien quiera hacernos pagar, morder el polvo, el día que nos descubran. Dupont elige a una mujer. ¿Cómo llamarla? Hay que darle un nombre, si no sería demasiado irreal, inerte. Elige Nina. Nina entra a una pizzería, Dupont también. Pide una cerveza, Dupont también. Cerveza a las once de la mañana. ¿Qué podría significar? ¿Por qué lo haría? Nina bebe la cerveza casi de un sorbo, Dupont toma nota. El detective no puede ver su expresión, el movimiento de su rostro. Está sentado unas mesas detrás de ella, es fundamental que Nina no se dé cuenta de su presencia. A las once y veinticinco sale de la pizzería. Dobla a la izquierda en la primera esquina, hace diez metros y vuelve atrás, a la calle en la que estaban. Nina parece estar aún más desorientada que Dupont. Toma un taxi, Dupont inmediatamente otro. En un semáforo alcanza a verle bien el rostro. Tiene una gran arruga vertical entre el principio de la nariz y el fin de la frente. Signo de mal humor. Las personas de mal carácter tienen ese tipo de marca, secuela de enojos, de disputas o, también, signo de mala vista: las personas que ven mal y que no se dan cuenta que ven mal, las que ven mal y se dan cuenta que ven mal y que, sin embargo, deciden no ir al oculista o deciden ir, pero prefieren no hacer caso de su consejo y no usar anteojos o lentes de contacto; después de un cierto tiempo, todas esas personas que no solucionan sus problemas de visión, tarde o temprano, desarrollan ese tipo de arrugas. Dupont decidió cortar por lo sano: Nina tendría mal carácter y, al mismo tiempo, problemas de miopía. Nina baja del taxi. Entró a un edificio. Dupont no puede entrar, le hace falta un permiso. Dice que se lo ha olvidado, pero el empleado de Mesa de Entradas no quiere saber nada. Las reglas son las reglas. Dupont ve que el edificio es la sede de una gran empresa multinacional de venta de granos. Una empresa export-import. Seguramente Nina trabaja ahí. ¿Tendría un puesto importante? Espera que Nina salga. Ve que el empleado de la Mesa de Entradas la saluda con extrema cortesía. Indudablemente tiene un cargo importante. El saludo del empleado es típico, los empleados de las mesas de entradas saludan así sólo a los cuadros dirigentes.

Dupont toma, nuevamente, nota. Una empleada jerárquica, una gerente posiblemente, que toma una cerveza, sola, en una pizzería a las once de la mañana; algo raro hay en todo eso. Nina toma otro taxi, era cada vez más evidente que su situación económica se lo permite. Otro tanto hace Dupont, en estos casos no vale la pena pensar en la billetera. Nina baja del taxi. Entra en un restaurante caro. Esto sí es demasiado para Dupont y decide esperar afuera. Pese a todo, alcanza a ver que Nina almuerza sola. Otro mal presagio. Nina sale del restaurante a las 14:35 y, por suerte, decide caminar. Otro taxi hubiese sido la ruina para Dupont. Dupont la sigue de atrás, un poco en diagonal. Ve que Nina continúa masticando. ¿Estaría todavía comiendo el postre? Imposible. Dupont no ha prestado atención al postre pero la ha visto tomar un café negro sin azúcar. El café, como es sabido, se toma después del postre, por lo que Nina ha seguramente comido un postre. Pero si es así, entonces, ¿por qué estaría todavía masticando? Nina se detiene un momento frente a una vidriera. Era una zapatería muy barata –a veces los ricos tienen gustos extraños–. Dupont se acerca sigilosamente y la ve reflejada en el vidrio. Es indudable que está masticando, pero ¿qué? Da otro paso al frente hasta quedar muy cerca de su nuca, a unos veinte centímetros, quizás menos. Ahora no cabe duda de que está masticando. Es más... ¡hace ruido! Dupont ha experimentado –en exceso– ese fenómeno en una sola y lamentable ocasión: en el caso de su ex esposa. Su ex había desarrollado hasta el paroxismo el lado mamífero que todos llevamos dentro. La comida subía y bajaba por su garganta como en un tobogán náutico. El ruido que hacía al comer era audible desde cualquier punto de la casa y variaba según la materia prima: agudo para aves y pescados, grave para carnes rojas y pastas, seco para sopas y golosinas, denso para gaseosas y frutas. Al principio Dupont había intentado habituarse y se alejaba convenientemente. Como buen metodólogo, había calculado con precisión el tiempo que debía ausentarse. En promedio, su ex dejaba de masticar entre ocho y dieciséis minutos después de haber terminado de comer. Durante ese tiempo Dupont se retiraba a las habitaciones. A veces ocupaba ese tiempo en llamar a algún amigo, en mirar televisión. Poco a poco empezó a leer manuales sobre hábitos alimenticios. El que más le interesó fue *Las bases de la dieta equilibrada* de Joseph Wallace. El libro estaba dividido en cuatro capítulos. El primero era una introducción al “Arte del buen comer”. El segundo se titulaba “De las comidas livianas y nutritivas”. El tercero

se llamaba “Buen gusto y bajas calorías”. Y el cuarto y último, intitulado “Algunas anomalías muy extendidas”. Éste fue, claro, el capítulo que le interesó a Dupont. Pero Wallace apenas se atareaba en la patología de la ex. Sólo en una línea decía “algunas personas emiten unos sonidos particulares al comer. Eso no es en sí mismo un síntoma de anomalía, pero puede ser molesto o mal visto socialmente”. Dupont no había encontrado una respuesta concreta en el libro de Wallace, pero al menos se sentía reconfortado. Si el defecto de quien no era todavía su ex mujer, figuraba en un libro –aunque fuera sólo una línea– eso significaba que no era el único en padecer esa situación. La pertenencia a algún grupo calma siempre la angustia. Dupont lo sabía, pero ¿por cuánto tiempo la pertenencia calma una angustia? ¿Un año? ¿Seis meses? ¿Un cuarto de hora? Con el tiempo la ex empezó a tardar más en dejar de hacer ruido. Eran no menos de veinticinco minutos, con picos de veintisiete y de hasta veintinueve. Dupont comenzó a exasperarse. Amar es ceder, pensaba, pero todo tiene un límite. El detective intentó ponerse en contacto con el Dr. Wallace pero éste le dijo que no aceptaba consultas particulares y le recomendó un sexólogo. Dupont no entendió por qué un sexólogo pero decidió seguir el consejo. Fue a ver al sexólogo. Les dijo que su problema –el de Dupont– no era de la incumbencia de su disciplina. Dupont lo comprendió en el acto y se decepcionó terriblemente del Dr. Wallace. Se desvanecía su última esperanza. Nunca más Dupont confió en los dictados de la ciencia.

Nina traga y la calma se hace en su aparato digestivo. Dupont está algo aturdido. ¿Cómo es posible que un simple ruido vocal le traiga tantos recuerdos? ¿De dónde provienen los recuerdos? ¿Se puede dominar un recuerdo? ¿Por qué se recuerdan unas cosas y no otras? De tanto preguntarse, Nina ya ha dado unos pasos y ahora cruza la vereda. Dupont la sigue. Se detiene frente a otra vidriera, una tabaquería. Dupont ve su cara reflejada en el vidrio. Efectivamente tiene una gran arruga vertical entre el principio de la nariz y el fin de la frente. Nina entra al negocio, Dupont espera afuera. Nina va hasta el mostrador, pero antes de que el vendedor la interroge da media vuelta y vuelve a salir. Cuando sale da un paso y se frena. Da otro y vuelve a frenarse. Gira sobre sus espaldas y da un paso en la dirección opuesta. Pero también se frena. Por un momento se queda frenada de un lado y del otro, flotando en el tiempo y el espacio, esperando el rumbo que tomaría su vida, dubitando ante la elección, como si cada

elección fuese definitiva, como si cada paso fuese una situación nodal, el vértice de dos vidas paralelas que a su vez tienen otros vértices y otras vidas, como si hubiera descubierto el aspecto epistemológico de la decisión o aún más, no como si lo hubiera descubierto sino como si se le hubiera presentado a ella, como una aparición, una imposición, como si el momento de la decisión fuese monstruoso, como si la decisión condujese irremediabilmente al error, cualquier decisión a cualquier error; pero no como si fuesen intercambiables sino como una fatalidad, algo externo a la piel; no una filosofía de vida ni mucho menos una pose, sino una desazón irremediable, un temblor leve pero eterno. Dio otra vez media vuelta y cruza de vereda. Sigilosamente Dupont la sigue. A ese ritmo, no solo llegaría a conocer la vida íntegra de Nina sino también el barrio. Eso no está finalmente tan mal, Dupont nunca ha ido por ese barrio. Por otra parte Dupont ya sabe algo más sobre Nina: es terriblemente indecisa. En eso también se parece a su ex mujer, pero extrañamente esta vez no tiene ningún brote recordatorio. Dupont comienza a reflexionar sobre la indecisión de Nina. ¿Cuál sería el mínimo denominador común de las acciones de Nina? Pero antes que Dupont se adentre en el tema, Nina ya ha entrado a una librería. Esta vez Dupont decide no esperarla afuera. Se dirige raudamente a la mesa de saldos. Con un ojo vigila a Nina y con el otro inspecciona libros. Revuelve Dupont hasta que se detiene en uno de Lenin, *Un paso adelante, dos atrás*. Podrá parecer una casualidad, una extrañeza del destino, pero Lenin ha perfectamente descrito la actitud de Nina. Es como si la hubiese previsto. La capacidad explicativa del marxismo no tiene límites, piensa Dupont mientras toma otro libro de Lenin, *El Estado y la revolución*. Apoya un libro sobre otro y se dirige a pagarlos cuando se apercibe de que es más barato si compra tres. Busca Dupont pero no hay ningún otro libro de Lenin. Es una verdadera lástima ya que Dupont nunca se ha adentrado en los meandros del marxismo y ésta es, quizás, una buena oportunidad para hacerlo. Aunque visto de otra manera, con dos libros es suficiente para introducirse en el tema. Ve Dupont un libro de Ilya Prigogine, *¿Tan sólo una ilusión?* y piensa que en esa librería está encontrando algo más que simples libros, está hallando algo así como el sentido de la vida. Toma Dupont el libro del célebre científico y comienza a hojearlo. En verdad, la celebridad de Prigogine no ha llegado hasta los oídos de Dupont, es más bien el título del libro lo que lo ha impulsado a elegirlo. Lo abre. Se detiene en un capítulo titulado

“La exploración del tiempo”. Tiene gráficos, ecuaciones, curvas. Una frase le llama la atención: “Pondremos de relieve que la aplicación de la teoría de la bifurcación a las reacciones químicas es poco habitual”. Sería otra vez el azar o algo por el estilo, pero esto ya comienza a inquietarlo. Cada vez que abre un libro, está relacionado con Nina. ¿Y si fuese una reacción química la que provoca las bifurcaciones, los pasitos atrás, adelante? Y si es un hecho tan infrecuente, como dice Prigogine, ¿por qué Nina duda continuamente? Y, a la vez, ¿es lo mismo una bifurcación que una duda? Y también, ¿cuál sería el accidente químico que la hace dudar de esa manera? Esas preguntas comienzan a obsesionarlo. Es urgente que lea el libro de Prigogine y también los de Lenin. Se dirige a la caja y los compra. Nina también se acerca a la caja, Dupont se hace a un lado. Nina saluda al cajero con un beso en la mejilla. Ese es un buen indicio. Las cosas van cada vez mejor para Dupont. El detective extrae varias conclusiones: el cajero debe ser alguien conocido de Nina, pero a la vez no es su esposo ni su novio ni su amante, si no, le hubiese dado un beso en la boca. Dupont descarta esta última opción, perfectamente podría ser su amante y estar disimulando. En todo caso, no es ni su novio ni su esposo. Segundo, pese a las hesitaciones, Nina entró voluntariamente en la librería, es decir que tan dubitativa no era. Tercero, ha corroborado que Nina tiene una buena situación económica: no sólo no ha comprado ningún libro de la mesa de ofertas –a la que ni siquiera se acercó–, sino que ha comprado un carísimo diccionario de francés. Y por último, fácilmente deductible del punto anterior, Nina hablaría francés o proyecta hacerlo o se lo regalaría a alguien que hablase francés o que piensa hacerlo. La tarde se ha hecho francamente agradable ya para Dupont. Cada vez más Nina va dejando de ser un fantasma, una sombra, un misterio, y comienza a cobrar cuerpo, masa, sentido, forma. Su viejo maestro puede estar orgulloso de él, su experimento da resultado. De golpe, de manera impensada, el detective comprende algo: su trabajo es el del semiólogo, y Nina, su objeto, el destello de los signos. En realidad la situación supera largamente a Nina. Es mucho más que eso, que ella. Es la toma de conciencia de la evaluación de la experiencia, la cristalización del magma, el momento en que el mundo se fija en un punto. En ese momento, ahí, frente a Nina, el detective comprende –en ese instante, de golpe– la clave de su *métier*, la combinación que abre la caja fuerte de su oficio, la herramienta que convierte a un detective en eso: precisamente en un detective.

Dupont nunca ha oído hablar de la semiología, pero como en una visión cósmica ve su sagrada trinidad: un signo, su objeto y su interpretante. Sin saberlo, por ósmosis, por transferencia divina, comprende que su lugar –el de Dupont– es el de la terceridad, el de la Ciencia de los Signos. Ahora bien, en la relación triádica que es un signo, es él –no Dupont, sino el signo– quien determina los otros dos componentes, el objeto y el interpretante. Nina determina a Dupont y al viejo detective, maestro de Dupont. Pero, ¿cómo puede una sombra, una huella, determinar su objeto? Y en ese caso, ¿de qué sería interpretante Dupont? ¿No será Dupont también un signo o, más bien, un objeto? Y entonces, ¿no sería él, como objeto, quien determina al signo? En otros términos: ¿podría existir Nina sin Dupont? Seguramente no. En consecuencia, si se puede decir que es el objeto quien determina el signo, es porque el objeto mismo es, también, un signo. Dupont sería un signo interpretante del signo-objeto Nina. Cada uno de ellos –y de nosotros– sería un signo interpretado por otro signo, pero ¿y el último signo? ¿Qué hay detrás de él? ¿Qué Dios detrás de Dios la trama empieza, de polvo y tiempo y sueño y agonía? Nina para un taxi, Dupont –agotado y eufórico– hace lo mismo. Cae el sol, las sombras son largas. La vereda está llena de chicos que vuelven de la escuela, es la hora de los dibujitos animados. En el taxi, Nina se maquilla, parece estar de mejor humor. Dupont la sigue de cerca, el taxi frena cerca. Dupont siente que lo sabe todo de ella, que la posee. Siente que en esa tarde comprendió lo que significa, realmente, poseer. Ya no quedaba nada de Nina que él no pueda prever. Ningún gesto, ninguna reacción, actitud, comportamiento, respuesta, actividad, manifestación, deseo de Nina le es ajeno. Sabe que la tiene, que la ha poseído, destrozado. En unos minutos vendrá la decepción. No se puede conocer realmente bien a alguien sin decepcionarse. Pasados cinco minutos todo comienza a deshacerse como una película en sentido inverso. Son esos los cinco minutos decisivos, los que separan el momento de máximo conocimiento, de comunión, de simbiosis, con el momento de la caída en la verdad, en el sentido común, en la nada. Lo que va del éxtasis a la banalidad, unos segundos, trescientos. ¿Quién sabe? Quizás algunos más, unos menos, inexorables, fijos, siniestros. Nina para en otro semáforo y se arregla el pelo. Dupont la tiene ahí, a su alcance. Podría hablarle, mirarla de frente, pero no lo hace. No tiene nada que decirle. No hay nada en ella que no haya vaciado, desencantado. No hay nadie, por más opaco que sea, que no

pueda ser develado. Dupont lo sabe. Ése es su oficio. El taxi de Nina arranca. Dupont paga el suyo y se baja. Es de noche, garúa y la EEA-PEPÉ le da vueltas, como nunca, en la cabeza.

DUPONT LLEGÓ AGOTADO a su casa. Como siempre, su hogar era un desorden, la ropa tirada, los platos sin lavar. Dupont se prometió ordenar todo sin falta. Sonrió, hace tiempo que Dupont no cree en sus promesas. ¿Y por qué creer en ellas?, se preguntó. ¿Es lo mismo creer en una promesa que en otra cosa? ¿Qué es una promesa? ¿Y qué no lo es? ¿Un saludo no es una promesa? ¿Y una opinión? ¿Un comentario? ¿Un chiste? ¿Una anécdota? ¿Una historia tonta? ¿Quiénes creen más en las promesas? ¿Las mujeres? ¿Los hombres? ¿Los niños? ¿Los mexicanos o los sudafricanos? ¿No sería la promesa el momento previo a que la verdad se haga mentira? ¿Sería eso u otra cosa? Y en ese caso: ¿qué otra cosa? ¿Una maldición? ¿Una traición? ¿Nada? ¿Todo? ¿Un poco? En todo esto pensaba Dupont al ver su casa desordenada. Se tiró sobre la cama, prendió la radio. Era una fm que pasaba música clásica. A Dupont no le gustaba la música clásica, era un azar que la radio estuviese en esa banda. Probablemente el dial se hubiese corrido al pasar el plumero al limpiar. Hacía días, quizás semanas, que Dupont no pasaba el plumero. ¿Cuánto tiempo hacía que no escuchaba la radio? El tiempo del detective era una nebulosa, flotaba como el jabón en polvo. Dupont tenía calor. Transpiraba. En la radio pasaban “Lulú”, pero no en la canónica versión dirigida por Boulez, sino en la más secreta y genial de Jeffrey Tate con Patricia Wise en el papel de la heroína. Dupont cerró los ojos. Mientras dormía tuvo un sueño breve y rápido, intenso como una bombita de luz. Soñó que estaba en París, en la Rue de l’Odéon. Caminaba del brazo con Louis-René des Forêts en dirección a la estatua de Danton. Dupont jamás había estado en París y mucho menos conocía a Louis-René des Forêts, pero en el sueño era todo tan vívido, tan presente, como si lo estuviese viendo todo a través de una lupa. Louis-René entraba a un bar. Dupont seguía caminando y se encontraba con Frédéric Molieri, el famoso cantante de ópera. Molieri era un especialista en óperas de Mozart, pero



le hablaba de Alban Berg. Le decía que la versión de *Der Wein* con Jessye Norman era magnífica, sublime, eterna, maravillosa y extraordinaria; que era una pena que Norman se hubiese dedicado, después, a otros menesteres, *aux affaires*. Le contaba de una noche en que él – Molière –, en *Don Giovanni*, interpretó todo falso, de cómo el público silbaba con fruición, pataleaba, pedía su dinero. Molière lo recordaba con simpatía, era como el lado inverso de la experiencia estética. Des Forêts salió del bar y se abrazó al cantante. Dupont no entendía bien qué pasaba y les preguntó por Sagawa. Los hombres dijeron no conocerlo. Dupont se dio cuenta de que su pregunta estaba fuera de lugar. Hubo un silencio, todos se miraron a los ojos. Dupont miró a Des Forêts, Des Forêts miró a Molière, Molière miró a Dupont. ¿Sería EE-APEPÉ el título de una ópera? Inmediatamente se dio cuenta de que no. Molière les contó un sueño que había tenido la noche anterior, pero nadie pareció prestarle atención. Se largó a llover y en la calle alguien pasó gritando: “¡Hubo un terremoto en Marsella! ¡Resucitó la Reina Victoria! ¡Alan Ladd era travesti! ¡Dostoievsky es uruguayo!”. Esto fue demasiado para Dupont y deseó fuertemente despertar. Su deseo se hizo realidad y abrió los ojos. Se sentía otro, completamente descansado. Relax. En la radio seguía esa extraña música. Dupont la apagó. Bajó de la cama. Fue a la cocina. Quería tomar un café. Dupont odiaba el café, pero –extrañamente– esta vez deseaba uno. Eligió una taza, la tomó. Eligió una cucharita, la agarró. Puso ambos elementos –taza y cucharita– sobre un platito. Colocó todo los objetos sobre la mesada. Abrió la alacena, tomó la azucarera. Puso la azucarera sobre la mesada. Levantó la tapa de la azucarera. Puso azúcar en una cucharita. Vertió el contenido en la taza. Repitió dos veces la operación. Tomó, nuevamente, la cucharita. Miró la alacena, buscó el café. Lo encontró. Puso el café sobre la mesada. Abrió la tapa del café. Agarró la cucharita. Puso café en la cucharita. Introdujo el contenido en la taza. Repitió dos veces la operación. Puso la azucarera y el café en la alacena. Cerró la puerta de la alacena. Tomó la pava con agua hirviendo que había colocado en el fuego hacía unos minutos. Vertió el agua en la taza. Tomó la cucharita. Introdujo la cucharita en la taza. Revolvió hacia un lado y hacia el otro. Apagó el fuego de la hornalla. Bebió un sorbo de café, estaba demasiado amargo para su gusto. Fue hacia el living y en el camino vio un sobre que había, seguramente, pasado por debajo de la puerta. Apoyó el platito y la taza sobre la mesa. Tomó el sobre. Blanco, sin remitente ni destinatario. No hacía

falta mucho más para despertar la curiosidad de Dupont. En esto el detective no se diferenciaba del común de los mortales. ¿Quién no se intrigaría al recibir una carta en un sobre blanco, virgen, inmaculado, sin remitente ni destinatario? Abrió el sobre. En un papel blanco se leía, escrito a máquina: “Primer mensaje: gestito de idea”. ¿Gestito de idea? ¿Qué podría significar eso? ¿Sería un error? ¿Una equivocación? ¿Quién sería el remitente? ¿Sería realmente él el destinatario? ¿Cómo era posible que estas cosas ocurrieran? ¿Qué sentido tenían? ¿De dónde provendría todo? Suspiró. Aspiró positividad, exhaló negatividad. Pensó. Un millón doscientas mil imágenes desfilaron por su cerebro. Revivió cada causa, cada caso, toda aventura donde hubiese participado y... nada. El destino a veces nos pone frente a este tipo de accidentes, reflexionó. Pero ¿y si era algo más que un accidente? ¿Podría ser sólo azar? ¿Qué parte hay de azar y cuánto de necesidad en el universo? ¿Y qué relación tiene uno –pequeño y temeroso– con el Todo Supremo? Dejó de pensar en esa dirección, ese tipo de preguntas no hacían más que aumentar sus dificultades. Miró hacia el techo buscando respuestas. Miró la puerta, la ventana, los zócalos, la llave del gas, la heladera, el televisor, las patas de la mesa, el velador, la lámpara del velador, la mesita de luz donde estaba el velador. Los objetos eran, como es lógico, mudos. Nuevamente pensó. Pero esta vez más fuerte, concentrando su energía en un punto, en la parte superior de la frente. Hizo fuerza. Una vez, otra vez. Tres veces... ¡Zas! De golpe, todo se le hizo claro. Evidente. Sencillo como la regla de tres simple. ¡El mensaje era de la EE-APEPÉ! Obvio: Sagawa le había hablado de ese tipo de mensajes, de esos códigos, entre secretos y de honor, que caracterizan el accionar delictivo de la meta-mafia. Dupont no podía creerlo, pensaba y pensaba y se daba cuenta de que estaba por el buen camino, el que conducía inexorablemente al corazón del asunto. Era evidente que había tocado algo, había puesto el dedo en la llaga, había molestado a alguien. Si no, ¿por qué habría recibido un anónimo de ese tono? ¿Y qué era eso de “primer mensaje”? ¿Significaba que habría otros? Dupont estaba entre contento y orgulloso, aunque en realidad estaba también entre atemorizado y expectante, es decir, inquieto y pensante. A decir verdad, estaba emocionado. Entre otras cosas, la emoción es un sentimiento que embarga a los detectives cuando sienten que han hecho bien las cosas. Es diferente del entusiasmo, que es más vitalista, depende de la voluntad y por eso termina siempre en el fracaso. Tampoco es como la algarabía,

ludismo jovial de irresponsable belleza. No, la emoción es un sentimiento austero, profundo y silencioso, de hombres, de unos pocos hombres. La emoción es ver a un niño con un globo en la mano, un atardecer en la playa, el canto de las aves, el olor a asado, el reencuentro de dos amigos. La emoción lo hacía, casi, llorar. Sus ojos estaban rojos, húmedos como un espejo de baño luego de una ducha. Dupont estaba emocionado, pero se daba cuenta de que no era para tanto, no daba la emoción como para largarse en llanto. La humedad de sus ojos debía provenir de otra cosa. Introdujo, suavemente, la punta de su dedo en la parte blanca del ojo y dio en el blanco: se trataba de una basurita. La basurita lo había irritado hasta el punto de hacerlo, casi, llorar. Era una basurita inmensa, una especie de monstruo pelusita, un enigma de otro mundo, un diminuto peptilodáutilo. Su ojo, irritado, saltaba de un lado para el otro, se sacudía rítmicamente. La cosa se iba agrandando y Dupont empezó a asustarse. Ya sabía que el llanto no provenía de la emoción, ¿y si ahora tampoco era a causa de la basurita? Era demasiado el dolor que sentía como para provenir de una basurita. El malestar aumentaba al levantar la vista e inmediatamente pensó Dupont en el nistagmo retráctil. No podía ser otra cosa. En el nistagmo retráctil los ojos soportan sacudidas irregulares hacia atrás, a veces espontáneas, pero en general precipitadas por un deseo de mirar hacia arriba. El fenómeno, por lo general, acompaña las lesiones tegumentarias mesencefálicas. Los datos electromiográficos de este trastorno muestran una contracción simultánea de los seis músculos oculares. Y lo que es peor... ¡los seis músculos oculares se contraen cuando uno de ellos es estimulado! Dupont acababa, al meter suavemente la punta de su dedo en su ojo, de estimular uno de esos músculos y fue por eso que, contraídos todos los otros, ahora su ojo saltaba como una rana histérica y en celo. Qué desgracia, pensó, qué desgracia. Si efectivamente se trataba de un nistagmo retráctil, su vida se evaporaría en cuestión de segundos. Tomó la decisión de ser optimista y pensar que se trataba sólo de una basurita, sin más. Era alocada su hipótesis, pero era lo único que tenía a mano. Decidió meter nuevamente –suave, muy suave– el dedo en su ojo. La operación duró unos segundos, menos quizás. Se acompañó con agua fresca de la canilla de la pileta de la cocina. No dolió. Sacó el dedo en cámara lenta. El tiempo estaba inmóvil, quieto como una plegaria. De fondo se escuchaban los bocinazos de la calle. El ruido del ascensor. Un niño llorando. Un soplo de aire enrojeció sus mejillas y una gota

de transpiración recorrió su espalda. Los dientes se pusieron secos y la lengua amarga. El dedo salió del ojo con una precisión asombrosa, como si Dupont no hubiera hecho otra cosa en su vida que sacarse basuritas de sus órganos visuales. Puso el dedo frente a sus ojos y clavó en ellos la mirada: había una miga de pan en el extremo del índice. De eso se trataba, de un resto de pan. Su ojo de desinflamó en el acto. Suspiró, es decir, respiró. La vida era eterna en cinco minutos. Volvió a suspirar. Estaba agotado. Caminó arrastrándose hacia el balcón. Sus pies todavía temblaban. Se arrepintió antes de llegar y volvió al living. Abrió un cajón, sacó un microscopio. Normalmente Dupont se servía de ese aparato para contrastar huellas digitales. A veces pelos, uñas, saliva, moco. Pero ahora quería indagar la basurita, la miga de pan. No era por nada, no tenía ninguna razón especial, sólo quería vengarse de su rival de hacía un instante. Quería mostrarle a esa inerte materia que era él quien mandaba. Puso la miga bajo el microscopio y comenzó a observarla en detalle. Al cabo de un momento, la miga comenzó a cambiar de forma. Ya no era una miga, le habían crecido patas, puntas pinchudas, agresivas. Tenía diferentes orificios, parecía un virus, un retrovirus, un ácido químico. Era horrendo. Dupont dejó de mirar. Ante cualquier objeto, el más banal y normal de ellos, cualquier persona o situación o la más anecdótica circunstancia, si nos detenemos a observar más de unos minutos, si lo hacemos minuciosamente y en detalle, obsesivamente y en profundidad, todo se convierte en monstruoso. Nada resiste esa ley. Soplo Dupont el microscopio y la miguita se perdió en el universo de partículas. Salió –ahora sí– al balcón a tomar aire, dio dos pasos y volvió a entrar, ya había tomado demasiado aire. Lo único que le faltaba era engriparse. Sintió un pequeño dolorcito de garganta al tragar, nada grave pero sí un poco incómodo. Suspiró. Ya había retomado fuerzas y, con tantos contratiempos, no se había puesto aún a descifrar el mensaje. Lo observó. Palpó el sobre, husmeó el papel. Ningún signo distintivo, papel de ochenta gramos, el más vulgar. ¿Podría existir un mensaje neutro? ¿Recibir un anónimo que no significase nada? No, imposible. La mente del detective no lo toleraría. Era, sin embargo, evidente que el mensaje no estaba completo, la solución del enigma no se hallaba en ese solo mensaje. Esto por varias razones: primero, porque el mensaje era, casi, incomprensible. Segundo, como había pensado antes Dupont, porque el anónimo decía “primer mensaje”, lo que presagiaba un segundo. El mensaje debía ser algo así como un comienzo, una

introducción a la metodología de resolución del caso, un sumario, un índice. El mensaje es una relación indicial, pensó Dupont. Es como el fuego y el humo. El humo es el índice del fuego pero, a la vez, es otra cosa. Tiene vida propia. Eso es el mensaje: es el índice de introducción a la metodología de resolución del caso y, a la vez, algo autónomo. Dupont se puso contento y se deprimió al mismo tiempo. Por un lado, había dado otro pequeño paso hacia la solución, pero, a la vez, la cosa comenzaba a complicarse imperceptiblemente. Ahora tenía dos enigmas a resolver: el de la EEAPEPÉ en general (al que podríamos llamar Enigma 1 y el del mensaje anónimo en particular (Enigma 2). De ambos tenía pistas verosímiles, avances, hipótesis, pero también dudas, vaguedades, contradicciones. El Enigma 2 podía provenir, a su vez, de dos expedidores. Podía ser de alguien que estuviese investigando también sobre la EEAPEPÉ o que lo hubiese hecho alguna vez o de alguien que hubiera pertenecido a la organización o de alguien de adentro de ella que por alguna razón deseara boicotearla; es decir, de alguien que, de alguna u otra manera, deseara ayudarlo. Pero también podía provenir de alguien que también estaba investigando el tema y que –ante los avances realizados por Dupont– por celos, envidia o competencia profesional quisiera confundirlo, o de alguien de adentro de la propia EEAPEPÉ que intentaba amedrentarlo o descorazonarlo, o de alguien que hubiera quedado resentido con Dupont por algún malentendido pretérito; es decir, de alguien que, por no importa qué razón, deseaba perjudicarlo. Esto lo ponía a Dupont frente a una terrible disyuntiva –¡que no era otra que la disyuntiva de la vida misma!–: frente a cada problema hay, al menos, dos soluciones. Y si avanzamos por una, llegaremos a un nuevo problema que tendrá, también, al menos dos soluciones y así, así, así. Como una cadena arborescente, un árbol del conocimiento. Este tipo de pensamiento no es aconsejable para neuróticos. Dupont lo sabía y por eso se tomó el problema con calma. ¿Qué camino había que tomar? El Enigma 1 lo había llevado, sin saberlo, al Enigma 2 y ahora éste lo estaba llevando a un posible Enigma 3 e, inclusive, a un Enigma 4. Por algún lado hay que cortar la cadena, pensó Dupont, y decidió concentrarse sólo en el texto: “gestito de idea”. La solución debía estar en el texto mismo y en ninguna otra parte. Había que buscarla tras las letras, entre ellas. En los anagramas. Recordó uno, clásico, de la época en que estudiaba francés: Marie, aimer. Era claro como el agua mineral que la solución tenía que estar allí, poniendo las letras

en otro orden. Comenzó: “Gestito de idea”, “atesto de...”, eso no era un mal comienzo, aunque hubiera que averiguar qué atestaba y, sobre todo, quedaban varias letras afuera (la g, dos i, una d y una e). Continuó: “Gasto de ti”. Eso ya estaba mejor, aunque seguía siendo insuficiente, no sólo porque sobraban, aún, varias letras, sino, sobre todo, porque la frase era un poco incomprensible. Difícil con tan pocas consonantes, sin r y sin p. Perseveró: “Di testeo de agi”. ¡Magnífico!, pensó Dupont. No tenía la menor idea de qué querría decir la frase –ésta era más incomprensible que todas las otras– pero había logrado ordenar todas las letras. Y además era una orden. El detective tenía que decir “testeo de agi”. Estaba eufórico, suspiraba y suspiraba y a medida que suspiraba se iba poniendo menos eufórico. Se puso totalmente inquieto. ¿Qué sentido podía tener decir “testeo de agi”? ¿Cuándo había que decirlo? ¿Ahora o más tarde? ¿Qué clase de pista era ésa? Quizás era cuestión de decir la frase aquí, ahora, deícticamente, y esperar que algo pasase, como algo mágico, una revelación, un secreto de la EEAPEPÉ. Todo esto tenía algo de tonto, pero era lo único que se le ocurría al detective. Desmoralizado, se convenció de cumplir la orden. Iba a decir “testeo de agi”. Se relajó, cerró los ojos y lo dijo fuertísimo. En todo el barrio se escuchó el grito de “testeo de agi”. Esperó un segundo. Otro segundo. Tres segundos. Abrió los ojos y... nada pasó. No había caso, ése no era el anagrama correcto. Llegó a la conclusión de que no existía ningún anagrama correcto. “Gestito de idea” no podía transformarse en nada coherente. Esas trece letras eran malditas. ¿Trece letras?, pensó Dupont. ¡Trece letras!, exclamó... ¡Son trece letras!... ¡Trece letras!: la yeta. No podía creerlo. Sus neuronas latían a un ritmo ensordecedor. De la más pura idiotez había surgido la perfección más sublime. De la nada, la creación. Del caos, la razón. Del desconcierto, el logos. Por fin se había hecho la luz... La yeta. El Enigma 2 estaba resuelto. Era indiscutible que el mensaje había sido enviado por alguien que deseaba su mal, que le deseaba la yeta. Instantánea y concordantemente Dupont se dio cuenta de que éste iba a ser el caso más duro de su vida, que iba a estar solo en la lucha, pero que iba, irremediabilmente, por el buen camino. Esbozó una gran sonrisa.



LA BOCA SECA por el esfuerzo mental, Dupont se dispone a ver televisión. La historia de la yeta sigue dándole vueltas en la cabeza, nada mejor que un poco de distracción. Dejar la mente en blanco y dejar que el azul profundo de los rayos catódicos penetren en la conciencia. No se trata de un hipnotismo, tampoco de una forma moderna del rito, ni de un lavado de cerebro, es más bien la sutil manera de ser sólo presencia, materia sin trascendencia, ente sin metafísica; como un ser-ahí original, ser-para-la-tele, un ser-en-el-mundo-de-la-tele, un feliz encuentro con el mundo de los entretenimientos, de los pronósticos del tiempo, de las recetas de cocina. Dupont dormita frente a la tele y su boca de hombre parece pequeña, tierna como un chupete de miel. En esos instantes no hay nada más en el mundo que la paz de sus ojos blancos y el murmullo de la imagen. Tiene el control remoto en la mano. Cambia de canal. La tele no funciona bien, ya va siendo hora de comprar una nueva. En un canal hay un recital de poesía. El poeta lee: *“As Parmigianino did it, the right hand / bigger than the head, thrust at the viewer”*. Eso es suficiente para Dupont. Cambia de canal. Hay un partido de fútbol. Dupont se siente más atraído. Juegan el Real Madrid contra Juventus. El partido parece equilibrado. La pelota va de un lado al otro, no hay nadie que sepa pararla. Todo es puro esfuerzo físico. Dupont ya está –de por sí– agotado y ahora ver eso lo agota doblemente. Cambia de canal. Hay un noticiero de televisión. ¿Qué habrá pasado hoy en el mundo? Dupont está a punto de prestar atención, es decir, más atención que la que estaba prestando ya que, de una u otra manera, estaba prestando atención, sólo que hay diversas maneras de prestar atención: se puede prestar una atención, digamos, restringida, una especie de atencioncita, cuya retención memorial oscila entre los cuatro y los siete minutos; también se puede prestar una atención discreta (duración: entre veinte y treinta y cinco minutos) ideal para hacer mandados, acordarse el número de teléfono de la señorita que acabamos de invitar a cenar o para decidir si seguir charlando o cambiar de tema. Existe, también, una atención llamada superlativa, que sería algo así como el grado máximo de la atención, una intensidad de ojos para afuera y orejas paradas que funciona a nivel del discernimiento, de la compleja operación de reducir series heterogéneas, de facilitar la distinción entre seres, objetos, ideas, hechos que se prestan a confusión, que se superponen y camuflan sin descanso. Es con este grado de atención que se llega a identificar malentendidos tradicionales, tales como

confundir a un semiólogo con un vendedor de frutas, un banquito de la escuela con la silla eléctrica, un escritor de éxito con un retrasado mental, un zapallito relleno con un manjar, la infidelidad con un pecado, la paternidad con un deber, la túnica del Papa con una minifalda de Kim Bassinger, una peluca con los últimos avances de la inteligencia artificial, tres obreros de la construcción con el Sujeto de la Revolución, el blanco tiza con el amarillo patito, un kilo de plumas con un pollo deshuesado, la EEAPEPÉ con una bandita de ladrones, un encendedor con la antorcha olímpica, un plato volador con un compact disc, un ensayista más o menos ingenioso con alguien verdaderamente peligroso. Dupont está casi a punto de utilizar su atención superlativa cuando el televisor comienza a hacer rayas que le impiden ver el noticiero. Son como signos que se adjuntan a los signos que Dupont quiere ver, como si fuese una especie de inflación ya no lingüística, sino visual. La inflación lingüística es un fenómeno archiconocido e idénticamente estudiado. Consiste en el aumento de cantidad de materia prima –la palabra– en relación con lo que se quiere decir o con lo que se va a hacer. Es, por ejemplo, cuando en una despedida luego de una aburrida cena, decimos “nos hablamos”, sabiendo positivamente que no lo haremos. Pero la inflación visual es un fenómeno novedoso que no hace otra cosa que perjudicar a Dupont y a su viejo aparato de tv. Las rayas van y vienen como escuetos barriletes. Van tan rápido que es como si cruzaran catorce mil atmósferas en décimas de segundos. No tiene más remedio, el detective, que involucrarse, levantar la cola de su aposento e ir hacia la tele. Para alguien como él, entrenado en resolver situaciones imprevistas, no hay ningún problema en dejar todo tal cual estaba antes del percance. Un sabio manejo de las perillas “horizontal” y “vertical” le permite volver al noticiero y a su atención superlativa. Clava las retinas en la pantalla. La imagen muestra algo relacionado con el espacio, un astronauta, una cápsula. El locutor habla de Serguei Krikalyov. Sus palabras textuales son: “Krikalyov entró ayer en la historia por haber sido el primer astronauta en haber perdido su país entre el momento del despegue y el de su instalación en órbita”. Dupont entiende en seguida la metáfora: el astronauta salió soviético y llegó ruso. Lo primero que piensa Dupont es en el pasaporte. ¿Tendría que hacerse uno nuevo? ¿Uno que no diga Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas sino Federación Rusa? Seguramente ésa sería una de sus primeras obligaciones al bajar, si es que lo hace, porque el noticiero está diciendo

que “con los cambios operados en la situación económica y las graves penurias que vive el pueblo ruso, ya nadie se acuerda de que hay un astronauta en el espacio”. En todo caso, Krikalyov parece estar contento, mueve sus manitas saludando a la teleplatea terrícola y sonríe con angelical expresión. Quizás le importe un bledo todo lo que está pasando a sus pies; estando como está, ajeno a los problemas cotidianos y a las aceleraciones de la historia, quizás ve a sus compatriotas como pececitos en una pecera, como perritos en una perrera, como pajaritos en una pajarera. Quizás como un Dostoievski cibernético ha huido al espacio a causa de sus deudas o para dejar el alcohol o la droga o ambas cosas a la vez; o las tres, el juego, el alcohol y la droga y, por qué no, a las mujeres o –eso también es posible– a su mujer, o a la madre de su mujer; se ha ido para olvidar a todas las mujeres, al género femenino en su conjunto, tal es su decepción frente al sexo débil que voló al espacio exterior; aunque tal vez no es decepción femenina, sino pura y simplemente misoginia, un odio tan inconmensurable como las galaxias y los agujeros negros; es el odio hacia las mujeres sumado al odio a sí mismo por odiar a las mujeres que lo ha propulsado a la oscuridad cósmica. En fin, por alguna razón estaba ahí arriba, especuló Dupont. El detective fija la pupila en el segundo plano de la imagen. Por detrás del cuerpo del astronauta (que ahora salta y flota como una Esther Williams del aire), hay una mesita con varios libros. Pese a estar en ruso, el detective distingue uno del filósofo Lucien Sirman. Se trata de *Lo sublime en Marcel Duchamp*, su obra maestra. El filósofo debutó con un librito titulado *McLuhan tenía razón*, en el cual defiende la tesis del canadiense profesor: es el cambio tecnológico el que produce el cambio social. Sirman luego denigró ese libro y dijo que se trató de “un error de juventud”, aunque muchos de sus discípulos lo consideran, pese a todo, una genialidad comparable –por la conjunción de brillantez, erudición y juventud– a los *Manuscritos económico-filosóficos*, de Marx. Escribió luego *Lenguaje y sentido*, basado en la vida de Raymond Roussel, traducido a catorce idiomas y con el cual alcanzó la fama mundial. Pero es con *Lo sublime en Marcel Duchamp* que Sirman ingresó definitivamente en la historia de la filosofía universal. En ese libro el filósofo establece la diferencia entre lo sublime como categoría analítica y la experiencia de lo sublime cotidiano, guiado por el desorden, la insurrección y la apología del placer. En realidad Dupont desconoce todo eso (después de todo es un detective y no un filósofo) y sólo conoce de Sirman su

imagen pública: la del eterno mujeriego, de fiesta en fiesta, de casino en casino, de foto en foto (con Alberto de Mónaco, con Andy Warhol, con Claudia Schiffer, con Camilo Sesto). Dupont presta atención al libro que estaba sobre la mesita en el segundo plano de la imagen que muestra saltando y sonriendo al astronauta ex soviético y ahora ruso que da vueltas sobre la tierra; ha reparado en él sólo por la fama de disoluto del filósofo. Frente a un Kant, preocupado por tener el reloj en hora, o a un Heidegger, ocupado en la preservación de la pureza blanca de la leche de cabra, la vida dionisiaca de Lucien Sirman era una rareza. Y, como todo detective, Dupont es un experto en rarezas. Un personaje como Sirman no puede escapar al conocimiento de alguien como Dupont. Es más, Dupont sabe sobre Sirman mucho más de lo que se podría suponer: conoce sus romances, aventuras, viajes, declaraciones. Conoce aquello de lo cual se enorgullecía más el filósofo: no tener faltas de ortografía. Sabe el número de lenguas habladas por el pensador: siete. Sabe de su debilidad más profunda: el chocolate en rama. Conoce la cantidad de mujeres con las que ha hecho el amor: setecientos veintiocho. Sabe su color preferido: negro. Conoce su placer más silencioso: tomar sol. Sabe el nombre de su habitual compañero de juerga: Mario Barakus. Conoce su juego favorito: el Blackjack. Sabe cuál es su manía repetida: mirarse al espejo. Conoce su plato favorito: el chorizo colorado. Todo eso sabe Dupont de Sirman. Y todo eso, piensa Dupont, debe estar condensado en sus libros. Sabría más Dupont del tema si leyese sus libros. Siente el detective por un instante envidia de Krikalyov, en el espacio, con tiempo de sobra como para leer el libro de Sirman que está apoyado sobre una mesita al lado de otros objetos. Además, leer a Sirman no es igual que leer a cualquiera: la vida disoluta del filósofo era inigualable, su sabiduría insuperable, su inteligencia superdotada, su actitud crítica interminable, su honestidad insospechable, su erudición inimaginable. Tanta es la envidia que siente Dupont que decide dejar de pensar en Sirman; ésa es una solución altamente recomendable en estos casos. Su atención superlativa se dirige, ahora, hacia los objetos que hay al lado de la mesita sobre la cual está apoyado el libro de Sirman que se ve en segundo plano de la imagen por detrás del astronauta que salta como un loco o como un mono o como un astronauta aburrido. A la izquierda de la mesita, el ojo del detective distingue varias cosas: una máquina de afeitar, una brocha, un atado de Dunhill, un banderín del Dínamo de Moscú, un póster de Ike y Tina Turner, un paquete de

aspirinas, un cepillo de dientes, una toallita de mano, otro atado de Dunhill, una cámara de fotos, un par de cordones, un paquete de Kleenex, un cenicero, un peine de bolsillo color negro, una caja de fósforos, un portaminas, una curita, algunas estampillas, un trapo rejilla, un dentífrico, loción para después de afeitarse, un cepillo para uñas, un espejo, un carrete de hilo negro, otro de blanco, pomada para los zapatos, un calentador, varias agujas, dos vasos de plástico, un mantel de hule perfectamente doblado en cuatro, una radio portátil, un Raid mata moscas y mosquitos, otra caja de fósforos, una esponja, una crema de afeitar, un jabón de glicerina, un desodorante de ambiente aroma a lavanda, una franela, una tijera, cinta adhesiva, cinta Scotch, un metro, shampoo y crema enjuague, otro paquete de Dunhill. Agotados quedan los ojos de Dupont luego de semejante inventario. Es evidente que Krikalyov es un nostálgico empedernido. De otra manera, ¿cómo se explica llevar al espacio esa cantidad de objetos inútiles? Seguramente extrañaría su dacha en las afueras de Moscú, sus desayunos mañaneros –entre nieve y bruma– junto a los otros astronautas, el agua caliente del lavabo, los mosquitos del verano, las lastimaduras tontas. Dupont ve esos objetos fuera de lugar y, en el fondo, casi siente emoción; esos objetos que son tan útiles aquí, tan inútiles allá. Un pequeño cambio, un tenue movimiento a nuestros pies, y todo lo que nos es familiar, habitual, cotidiano, dado, evidente, se convierte en nada, en inservible, equivocado. Ya no hay nada que envidiar al astronauta: su libro de Sirman, Dupont puede leerlo cuando quiera; su soledad, Dupont puede tenerla en cualquier momento; su fama, todo es efímero; su tiempo de sobra, se arregla con unas vacaciones. Pero la inutilidad de los objetos, eso es irremediable. Una desolación interior invade al detective, como una especie de caída en la verdad. De golpe, brutalmente, de manera impensada, imprevista e irrefrenable, Dupont se da cuenta de que la existencia humana no se puede concebir sino por una relación de naturaleza a *lo otro, a lo no sí mismo*. Sin este *no sí mismo* organizado que es el mundo, ningún Ser está en estado de existir. Más aún, el detective descubre que todo esto no le provoca desolación, ni miedo, ni duda, ni ironía, le origina –ni más ni menos– angustia. La angustia lleva en sí el anuncio del peligro, pero nunca es –sin embargo– provocada por un existente determinado, ni aún siquiera determinable. La cosa ante la cual temblamos en la angustia no es nunca esto o aquello. El angustiado no solamente ignora de dónde viene la angustia, sino que a él

mismo le es positivamente revelado que ningún existente intramundano podría ser la causa de ella. Dupont está entrando ya en un estado de indefensión al comprobar que la vida se manifiesta como una existencia ya arrojada y abandonada en el mundo, derelicción ante la cual el Ser experimenta la angustia. ¡Y lo que es peor!... esta misma existencia se manifiesta como obligada a elegir entre dos posibilidades fundamentales: o asumir su destino personal (cuya naturaleza está todavía por precisar), o bien ocultarse esta posibilidad abandonándose al mundo inmediato. El detective está ya entre aterrorizado y mareado, se ha acurrucado en un rincón –con el control remoto en la mano– y su cabeza le da demasiadas vueltas. Krikalyov fue una revelación para él, un talismán, una máquina desestabilizadora. Lo ha sacudido como una ola a una lancha, como un carnicero a un lechón, como un domador a un león. Sus pensamientos rebotan de un lado a otro; vienen de la materia gris, pasan por la garganta y salen por la boca en forma de eructo. De pequeños eructos incomprensibles. Dupont saca fuerzas de donde sólo él puede sacarlas y se repone. Ya de pie apaga el televisor. Es suficiente. Suspira una, dos, tres veces. Ahora en su mente funciona la atención restringida, la de cuatro a siete minutos. Es un buen momento para sentarse a descansar, cerrar los párpados y pensar en nada, o en una sola cosa: la EEAPEPÉ.

EL TELÉFONO SONÓ dos veces, aguda la primera, un eco la segunda, como una repetición lejana del original, degradada, vulgar, un estadio que conduce irremediabilmente al silencio. Dupont sintió el tercer timbre, inexistente en el aparato, real en el sueño. Siempre que un teléfono nos despierta, nos sobresalta un timbre más allá del último, una campanilla que no forma parte del aparato y que rebota en nuestra cabeza con un tiempo de retardo, como una especie de desfasaje auditivo, un compás mal compuesto, un magma que va de la línea a la campanilla y de ésta al oído, y que llega siempre, inexorablemente, tarde. Dupont dormía y soñaba un sueño de lo mas extraño: leía en voz alta una poesía de Pessoa. “Poco me importa / poco me importa, ¿qué? No sé: poco me importa”. Lo extraño aquí no era soñar con una

poesía de Pessoa –sueño de por sí bizarro, que le acontece a gente de altísima erudición– sino el hecho de que el detective no conocía a Pessoa. Jamás había oído hablar de él. No tenía la menor idea de su existencia. Su nombre le era absolutamente indiferente. Ignoraba olímpicamente su obra. Carecía de la más mínima noticia sobre la importancia del poeta. Lo desconocía de la manera más absoluta. Y entonces, ¿cómo podía soñar de manera tan límpida con Pessoa? ¿De dónde provenían esos pasajes ignorados por la vigilia de la conciencia? ¿Por qué mecanismos las neuronas –porque de eso se trataba– habían tomado conocimiento de esos versos? La duda ya lo estaba carcomiendo cuando sonó el teléfono. Dupont abrió lentamente los ojos, los párpados subieron como persianas oxidadas; pero no como esas persianas de verdulería, oxidadas por la lluvia y el olor a cebolla, sino como las persianas venecianas, o más precisamente, las persianas del Véneto, la de pueblos como Castelfranco, oxidadas por la hidalguía de la decadencia y el olvido. Castelfranco, dicho sea de paso, es un bonito pueblo orgulloso de haber dado a luz al pintor Giorgione, el autor de la célebre *Virgen con el niño entre San Francisco y San Liberal*, que se encuentra en el ala sur de la Catedral. Con sus veintinueve mil ciento un habitantes, Castelfranco es un lugar interesante de ser conocido para aquellos que, viniendo de Verona o Vicenza, deseen hacer una última parada antes de Venecia (tomar la autopista en dirección de Trieste y doblar a la izquierda en la segunda salida después de Padua). El detective abrió los ojos y con la mano derecha levantó el tubo. De un golpe lo acercó al oído y escuchó: “Segundo mensaje: ¡Sungudrule!”. Algo se estremeció en sus fibras íntimas, era como un espasmo de algarabía y temor. El mundo había cambiado, el ruido del tono –no había aún colgado– le resonaba como una sinfonía. Despertarse por el teléfono provoca malestares de todo tipo, pero ésta era una dichosa excepción. Era el segundo mensaje, la segunda miguita de pan en ese bosque laberíntico. Dupont se levantó. Abrió la ventana, el cielo estaba blanco. Fue hacia el baño, se lavó los dientes, los ojos, las uñas, las manos. Se peinó. Era, otra vez, evidente que estaba en la ruta correcta. Pero no tenía tiempo para interpretar el mensaje, eso quedaría para más tarde. Tenía que ir a la morgue: averiguaciones sobre el cadáver, esas cosas. Salió de su casa, paró un taxi. Subió, le indicó adonde quería ir. Llegó. Pagó, bajó del taxi. Antes de entrar a la morgue, se agachó para atarse los cordones. Desde esa posición vio –en la vereda de enfrente– a la señora de Cameiro que aca-

baba de subir a un taxi (en la dirección contraria a la de Dupont). El detective se preguntó qué podía hacer la señora de Cameiro en un barrio tan alejado como ése. Pero, nuevamente, decidió dejar la pregunta para más tarde. Entró a la morgue. El edificio parecía una biblioteca vacía, un poco abandonada. Por supuesto que no era la primera vez que Dupont se apersonaba en ese lugar, por lo que los olores y el decorado no provocaban ningún efecto sobre su persona. Tenía cita con el dependiente Weber. Dupont no lo conocía, Weber trabajaba hacía poco en la morgue. Se dijeron “buenos días” y se dieron la mano. Weber era un tipo más bien alto, viejo, rubio, de ojos claros, parecía alemán. Dupont se lo imaginó como uno de esos austriacos que tenían problemas con el sobrino de su ex mujer. Lo último que Dupont sabía de Pablito –así se llamaba el sobrino– era que había caído en una depresión, en una especie de melancolía profunda, irremediable. Pablito ya de chico había tenido problemas, las psicopedagogas le diagnosticaron una forma extraña de dislexia, problemas de atención en clase, exceso de coeficiente intelectual. Nadie sabía exactamente de qué sufría y así fue pasando el tiempo. Después llevó una vida normal. Empezó a estudiar Sociología (sus notas eran excelentes), tuvo una novia, después otra, quería casarse, tener hijos, llevar una vida estándar. Se recibió (con medalla de oro, su nombre apareció en el diario), consiguió un buen trabajo y tuvo deseos de viajar. Precisamente ahí fue la recaída. Los primeros síntomas de la agravación –definitiva– de la enfermedad los tuvo en Francia. Se acercaba a la gente –en los parques, en el subte, en la cola de la farmacia– y les gritaba: “¡Ustedes no fueron ocupados, ni siquiera fueron colaboracionistas, fueron nazis; nazis a la francesa!”. A veces, cambiaba el estribillo y decía: “¡Qué piolas, con De Gaulle o con Pétain, de una u otra forma, siempre iban a quedar del lado de los ganadores!”. Algunas gentes se enojaban –una minoría, pero exaltada– y el asunto terminaba a las manos. Pablito –para embarrar aún más las cosas– decidió irse a Austria. Los primeros días estuvo bien, conociendo Viena. Pero poquito a poquito se empezó a intranquilizar. Dupont nunca supo bien por qué, pero en una pelea en un bar sufrió heridas leves en el brazo derecho y en el pecho (así lo decía Pablito en una carta). En esos crudos días de invierno austriaco, Pablito adquirió una costumbre –que terminó siendo una manía– y que iba a perderlo definitivamente. Muy sigilosamente, casi como sobrevolando el suelo, sin hacer el menor ruido, se acercaba a toda persona mayor, sin importar el

sexo, y –de golpe– le preguntaba con un grito “¿Dónde estaba usted durante la guerra? ¿Qué estaba haciendo?”. Austria lo expulsó aprovechando las leyes de extranjería y unos meses después, al separarse de su mujer, Dupont le perdió el rastro. El dependiente Weber lo acompañó hasta la sala donde estaba el cadáver. Dupont preguntó si habían practicado una nueva autopsia –la segunda–, Weber contestó que sí. Dupont inquirió si había algo interesante, alguna novedad; Weber respondió que sí. Dupont demandó si era posible saber en qué consistía ese cambio, Weber dijo que sí. El dependiente le informó de qué se trataba: cada palabra encontrada debajo de la uña del cadáver estaba escrita con mayúscula. No decía: “¿Qué gusto tiene la sal?”, sino: “¿Qué Gusto Tiene La Sal?”. Dupont se impresionó: el mensaje que él había recibido por escrito –el primero– estaba escrito de la misma manera; inclusive en el segundo mensaje –el telefónico– la primera letra de cada palabra había sido pronunciada de manera más marcada, como si fuese una mayúscula fónica. La cara del detective se transformó tanto que el dependiente Weber le preguntó si le ocurría algo. El dependiente parecía sonreír, daba la impresión de que verdaderamente deseaba que pasase algo. Dupont contestó que no, que estaba bien, todo ok. El dependiente siguió hablando, pero el detective ya no le escuchaba más. Su cabeza estaba en otro lado. En realidad estaba en tantos lados a la vez, que su masa encefálica estaba casi desbocada. Una especie de ebullición recorría su corteza cerebral, iba de una punta a la otra, en una mezcla de preocupación, satisfacción, cansancio y deseo. El detective tenía, todavía, que reflexionar sobre el segundo mensaje de la EEAPEPÉ. Eso era, de por sí, una tarea gigantesca. Debía, luego, poner en relación toda la masa de información que había adquirido sobre el caso, con la última información que le había proporcionado el dependiente Weber. Eso era, también, otra tarea gigantesca. Tenía frente a sí dos tareas gigantescas. Dos absolutos. Dos totalidades. Decidió sumarlas, adjuntar un absoluto a otro. Como un absoluto es de por sí un absoluto, es lo máximo –pensó Dupont–, es lo inabarcable; la suma de dos absolutos no puede dar otra cosa que –obviamente– un absoluto. Y como, por definición, no puede haber un absoluto más grande que otro, el resultado de la suma de dos absolutos es igual al valor de cada uno de los sumandos. Sumando los dos absolutos, en realidad Dupont reducía su problema a un solo absoluto, único y delimitado. En una simple operación redujo a la mitad sus tareas, por lo que quedó terriblemente satisfecho. Gran-

de fue su felicidad al salir de la morgue. Pensó en volver a su casa para seguir meditando sobre esos temas pero, al mirar la hora, se dio cuenta de que estaba llegando tarde a la reunión mensual con sus pares en el Lolita's Bar. En ese bar se reunía Dupont con algunos amigos detectives, hablaban de mujeres, de crímenes, de todo y de nada. En ese mismo bar tendría que haber estado cuando sucedió el crimen –cuyo signo fue el cadáver– pero se había dado cuenta de que se le había hecho tarde para la cita con su dentista –el Dr. Brodsky– y que no tendría tiempo para hacerse una escapada hasta el bar. Recordaba Dupont esto porque otra vez le molestaba la muela; la emplomadura parecía decidida a salirse, a tomar vida propia, a escaparse de la prisión dentaria. El detective acercó la mano derecha al cachete de la cara y se palpó suavemente. No estaba hinchado. Masticó en el vacío, llevó su lengua hasta el lugar del dolor. Metió los dedos hasta el fondo, hizo ruiditos con la saliva; hacer esas muecas tiene algo de estúpido, pero es lo indicado en estos casos. Se prometió llamar sin falta al Dr. Brodsky. Fue hasta una farmacia, compró un paquete de Bayaspirinas. Ahora hay muchos modelos nuevos de aspirinas: con limón, que se disuelven en agua, envueltas en capas antiúlceras, proteinizadas. Pero Dupont, con tino, prefirió las viejas y eficientes Bayaspirinas, en su clásico envase verde. Es más: en una época, Dupont tomaba una todas las mañanas, le doliese la cabeza, la muela o no tuviera nada. Una todas las mañanas alimenta y sienta bien. Levanta el ánimo, nos da energías, hace que la sangre circule mejor y más rápido. Esto podría interpretarse sólo como una creencia de Dupont, pero no es así; es una práctica común y corriente en Alemania, en Suiza, en otros países de alto nivel adquisitivo y democracia avanzada. Dupont se dispuso a buscar un bar para tomar la Bayaspirina (el único defecto que tienen es que, sin agua, son amargas en la lengua y pastosas en la boca). Vio que en la esquina de enfrente había uno. Cruzó de vereda, caminó hasta la esquina. Estaba cerrado. En la esquina había un vendedor de flores que estaba vendiendo flores. Le preguntó al vendedor de flores dónde había otro bar. Le dijo que a una cuadra, de la otra mano. Cruzó de vereda, caminó una cuadra. Llegó, estaba cerrado. En la puerta había un adolescente estacionando una moto. Le preguntó al adolescente dónde había un bar abierto. El adolescente le respondió que a dos cuadras, doblando a la izquierda y luego a la derecha. Dupont dobló primero a la izquierda y después a la derecha. Llegó al bar. Entró. Tomó la Bayaspirina. Salió del bar. Después de



tantas vueltas estaba un poco perdido, preguntó dónde quedaba la avenida. Volvió a la avenida. Paró un taxi. Partió rumbo al Lolita's Bar. Llegó, por supuesto, tarde. Se sentó junto a sus amigos y pidió un whiscola. Tenía sed. Batalla estaba contando uno de sus típicos casos, Batalla amaba contar sus seguimientos, sus descubrimientos, sus pistas e hipótesis. Hablaba de su actual trabajo, el caso de Nicola Arisdi, un italiano que estafó al Estado albanés por algo así como un millón y medio de dólares. Llegó el whiscola y Dupont se lo tragó de un sorbo. Pidió otro. No parecía prestar mucha atención a lo que Batalla estaba en tren de contar; miraba el decorado que ya conocía de memoria, los espejos de las paredes, la barra de madera, la escalera que lleva a los baños. En un momento dado desatendió por completo la conversación y se dedicó a mirar la cantidad de burbujas que tenía su whiscola. Llegó a contar doscientas setenta y siete y se agotó. Además tenía un problema reglamentario: muchas burbujas que acababan de ser contadas desaparecían un segundo después de haberlo sido. Entonces, ¿qué criterio tomar? ¿Una burbuja vale como tal al momento de ser vista y numerada, o al final, cuando se hace la sumatoria total? Dupont eligió esta última opción, que era más lógica pero que tenía –como todo el resto– algo de inútil. Quizás la inutilidad sea una forma elevada de la poesía, pensó Dupont sorprendiéndose de su propio pensamiento. Evidentemente los whiscolas empezaban ya a hacer efecto. Pidió otro, el tercero. Batalla ya había avanzado en su historia: fuga, persecución, Interpol, esas cosas. De golpe Dupont se interesó en la conversación y accionó la atención superlativa: Batalla, como al pasar, sin darle importancia, estaba contando cómo había continuado el caso. El italiano había muerto –en Grecia– y el dinero había desaparecido. Aunque en realidad, decía Batalla, Arisdi no había muerto, lo habían asesinado. Apareció descuartizado, desarmado en centenas de pedazos, mutilado en fragmentos multicolores. Batalla tenía la hipótesis de que el dinero lo tenía la mujer –una tal Miriam C.– y que estaba escondida en alguna parte en la ciudad. Por eso Albania lo había contratado. Su misión era encontrar a Miriam C., al dinero, o a los dos al mismo tiempo. Dupont no dijo nada, no quería levantar la perdiz. Pero era claro que detrás de todo ese asunto estaba la mano de la EEAPEPÉ. Batalla seguía una pista equivocada, seguramente por ignorancia, por no haber tenido la suerte de conocer a Sagawa, el japonés parlanchín, o por alguna otra razón. Hizo Dupont algunas preguntas más, pero Batalla percibió su interés, por lo que cambió de

tema. Los detectives siempre cuentan el lado de afuera del secreto. Dupont volvió a su estado de ingravidez y Batalla siguió hablando, pero de cosas sin importancia. Dupont metió el dedo en el vaso y revolvió. Tenía una uña encarnada y el alcohol le produjo un pequeño ardor, le hizo recordar que tenía un dedo. A veces los dolores, las molestias o los malestares –cuando son pequeños y proporcionados– sirven para llamar la atención, para mostrarle al cerebro su sustento físico, como si estuviese diciendo: “Ey, soy tu dedo, ¿cuánto hace que no pensás en mí?”; por supuesto que eso no alcanza para consolar a un dedo, siempre se piensa en él en los momentos malos (fracturas, torceduras) o en las circunstancias de gran utilidad (para rascarse la oreja, contar los billetes, señalar a un culpable). El ardor hizo que Dupont mirase su dedo, que estaba dentro del vaso, revolviendo los cubitos. Efectivamente, tenía una uña encarnada, eso le pasaba por comérsela. Dupont lo sabía pero no podía evitarlo. Empezaba siempre por la uña del meñique de la mano izquierda y seguía en perfecto orden hasta el meñique de la mano derecha. Siempre igual, desde los catorce años. Era casi una cuestión de método, jamás las uñas en cualquier orden, de cualquier manera. Era el método quien le daba palcer. El método: de un dedo a otro y a otro, en línea recta, sin desvíos ni dudas ni hesitaciones. Por cierto que Dupont sentía especial fruición al comerse las uñas de los dedos gordos, pero nunca se le había ocurrido comérselas en otro orden que el previsto. En realidad sí, una sola vez. Pero fue tan grande el sentimiento de culpa, el cargo de conciencia, que jamás repitió la acción. Dejó de revolver, el ardor se había hecho un poco más intenso. Tomó lo que quedaba de whiscola. La bebida tenía gusto a uña encarnada, pero al detective no le molestó. Ni siquiera pareció notarlo, en su estado no estaba para esos menesteres. Le preguntó a Batalla si sabía algo más sobre el cadáver del italiano. Batalla lo miró fijo. Dupont vio sus ojos reflejados en los de Batalla y pensó que seguramente Batalla estaría viendo lo mismo, pero en sentido inverso. Pero como sus ojos –los de Dupont– estaban enrojecidos por el alcohol del whiscola, pensó que también era probable que su interlocutor no estuviese viendo nada, es decir, no se estuviese viendo reflejado, o se estuviese viendo reflejado en rojo, como una especie de morcilla parlante; porque eso era lo que estaba empezando a sentir Dupont por Batalla: tantos años de conocerse, tantas reuniones mensuales, tantas horas juntos y recién ahora venía a darse cuenta de que Batalla parecía una morcilla parlante, una masa

viscosa con vaya a saber qué cosa adentro. Batalla le preguntó si tanto le importaba conocer la suerte del cadáver. Dupont estuvo a punto de contestarle que es de mala educación responder una pregunta con otra pregunta, pero se mordió la lengua. No era ni el momento ni el lugar adecuado para semejante aseveración. Dijo que sí. Batalla hizo un silencio. El último resto de un cubito terminó de derretirse. Batalla hizo otro silencio y dijo: “Mucho no sé, el detective que investigaba el caso recibió varias amenazas anónimas y después murió misteriosamente”. Dupont dejó de reflejarse en los ojos de su interlocutor. Primero pensó que era debido a que Batalla había pestañeado, pero rápidamente se dio cuenta de que era porque sus ojos se habían empañado. Por primera vez había sentido miedo, o había sentido lo más parecido al miedo que Dupont podía sentir. Fue algo así como un metro ochenta y seis centímetros de escalofrío. “Qué contrariedad”, dijo Dupont. “Una pena”, contestó Batalla y siguió hablando como si nada hubiese pasado. Salió Dupont del bar. La tierra había ya cambiado de posición y un árbol ensombrecía la vereda. Un pájaro cantaba, desafinado. Los pájaros también pueden ser desafinados. Dupont padeció esa situación durante gran parte de su infancia. De niño vivía en el piso trece de un edificio ni muy lindo ni muy horrible, en un departamento ni muy grande ni muy pequeño, en un barrio ni populoso ni adinerado. Tuvo lo que se dice una infancia normal. Sus hermanas (Dupont tenía tres hermanas: Valeria, Jessica y Ana) tenían cada una un pajarito. Un canario, una cotorra, otra cotorra. Como es sabido, los canarios cantan al amanecer y las cotorras al atardecer, por lo que el niño Dupont tenía función en continuado. Más de una vez tuvo pensamientos malignos como matar al canario, degollar a las cotorras, cortarles las cuerdas vocales. En una ocasión pasó a mayores y envenenó una cotorra, pero la operación fracasó porque Valeria se dio cuenta. Ana y Jessica se solidarizaron con su hermana y estuvieron semanas sin hablarle. Desde ese entonces, Dupont le tomó gusto al silencio. Aprendió el arte de la reserva, clave del éxito detectivesco. Vale volvió a hablarle unos días después. Dupont aceptó recomponer la relación. Vale le mostró una foto que les había sacado a los pajaritos. Era en blanco y negro. Dupont quedó impresionado. Vale era, sin lugar a dudas, una muy buena fotógrafa. Dupont le preguntó cuándo había aprendido a sacar fotos. Vale le contestó que era la primera vez que sacaba una. Dupont no le creyó. Volvió a hacerle la misma pregunta y Vale repitió la misma respuesta. Dupont quedó

doblemente impresionado. Dupont le preguntó si sabía que tenía un don. Vale le respondió que no. Dupont le preguntó si sabía que tenía un talento innato. Vale contestó que no. Dupont le preguntó si sabía que tenía una potencialidad infinita. Vale respondió que no. Dupont quedó, una vez más, impresionado. Dupont no dudó un segundo en recomendarle que se dedicase a la fotografía. Vale hizo un silencio. Pensó. Dudó. Volvió a pensar y dijo: “Es una buena idea”. Dupont se dio cuenta de que era una respuesta de compromiso. No era posible que alguien con su arte, con su magia, con su espíritu y su calidad respondiese sólo un tímido “es una buena idea”. Comprendió en el acto que Vale tenía talento pero no iniciativa. Decidió que había que darle un empujoncito. Pensó –en una milésima de segundo– en qué debía decirle. Tenía que darle un ejemplo, algo que la incitara a seguir el camino del arte. Le dijo a Vale que prestase atención. Vale fue toda oídos. Entonces le contó la historia del célebre escritor sunnita-maronita llamado Cares Iraa. Iraa era el niño más feo de su grado, usaba anteojos, era escuálido. Contaba chistes muy malos, no le gustaba el helado, vivía en un pueblo en el medio del desierto. De grande se convirtió en una persona intrascendente, sin *charme* ni gracia alguna. No tenía amigos, ni su mamá lo quería. Pero un día empezó a escribir. Publicó su primer libro (*Aladino*) a los 26 años y nunca más pudo parar de escribir. Fue como si se hubiese contagiado algo, como si hubiese contraído alguna extraña epidemia: nunca, desde ese día, dejó de escribir. Por supuesto, fue unánimemente reconocido como el más grande escritor de lengua sunnita-maronita. Fue una de esas raras excepciones en que una época y la posteridad comparten el mismo juicio. Vale quedó un poco anodada con la parábola. ¿Por qué le había contado todo eso? ¿Cuál sería el significado de la historia? ¿Qué sentido tendría el discurso? Comenzó a reaccionar y se sintió un poco molesta. Al fin y al cabo ella no era ni fea, ni escuálida, ni usaba anteojos. Además le gustaba el helado y, por sobre todo, su mamá la quería. Dupont también estaba un poco atónito, hay que reconocer que a esa edad es bastante inusual inventar ese tipo de historias. Dupont estaba atónito y Vale, anonadada. Por un momento compartieron el shock, sintieron una confusa y fraterna comunión. Dupont también comenzó a reaccionar. En menos de lo que canta un gallo, se dio cuenta de que debía reaccionar rápido, que todo se jugaba en ver quién reaccionaba primero –el que lo hiciese le daría sentido a la historia– y fue, obviamente, Dupont. Dupont le dijo que la anécdota era

para que viese que cuando se tiene un talento, un don divino, hay que perseverar en él, hay que trabajarlo, aprovecharlo, desplegarlo, actualizar lo que se tiene en una situación potencial. Vale entendió. Dupont le dijo que era una tonta si no se dedicaba realmente a la fotografía, no como “una buena idea”, sino a fondo, de verdad. Vale siguió el consejo y se dedicó a la fotografía. Dupont siempre recordó con ternura esa escena infantil. Vale, con el tiempo, se convirtió en una fotógrafa profesional de cierto renombre. Llegó a ganar varios premios, en especial uno con una serie de fotos sobre los jardines de hongos de los insectos. Cualquiera que tenga al menos un interés ligero por la biología es consciente de que los hongos, siendo plantas que carecen de clorofila y no pudiendo realizar la fotosíntesis, viven de otros organismos o sobre materia orgánica en descomposición. Mucho menos conocido es el hecho de que muchos insectos son similarmente dependientes de los hongos. De hecho, hay insectos que cultivan elaborados jardines de hongos, controlando el crecimiento de la planta de acuerdo con sus propias necesidades especializadas. Los insectos cultivadores de hongos pertenecen a varios grupos no relacionados entre sí. Esos grupos son seis: el jején formador de agallas (*Lasióptera*), la cochinilla (*Aspidiotus asborni*), la avispa de la madera (*Sítex gigas*), el barrenillo (*Trypodendron*), la termita (*Odontotermes gurdaspurensis*), y ciertas hormigas de tipo *Cyphomyrmex*. Nunca nadie antes que Vale había podido sistematizar en un documento fotográfico este aspecto del reino animal. Miró Dupont hacia atrás, la tierra había cambiado otra vez de posición y el árbol ya no ensombrecía la vereda sino la vidriera del bar. La vidriera estaba negra de sombra, la cara de Batalla se dibujaba –apenas– en una negritud absoluta. La casa de al lado del bar también estaba en sombras, pero era una sombra más tenue que la del café. Estaba bajo el límite de la sombra, en ese lugar donde la sombra empieza o termina –según el punto de vista del observador– en la frontera, en la ambigüedad. La sombra de la ambigüedad es más clara que la sombra de lo absoluto, menos negra, con relieve, matices, intrínsecamente plural. Dupont miró el cielo, el sol lo encandiló cual reflector de película de espionaje, como una de esas lámparas manejadas por un malo, muy malo, que quiere saber algo importante: el cuadernito con los nombres de los espías infiltrados, la hora del ataque, la clave descifra-mensajes. Dupont pensó que se lo tenía merecido, el sol es –evidentemente– uno de esos objetos que Dios hizo de más; qué otra cosa provoca el sol que no sea

cáncer de piel, sequía, sed, olor a transpiración, incremento de la masa oceánica, playas de moda, cuidadores que no dejan entrar a los chicos pobres a las playas de moda, poesías banales, letras de rock, marcas de mantecas, margarinas, mantecas descremadas, yogures, quesos untados, leche, leche en polvo, leche condensada, productos lácteos en general; nombres de hijas de padres progres; nombres de hijas de padres católicos; sequedad en la boca, mal aliento, aliento a quemado, a lo siniestro de una playa quemada, aliento a ajo y vino barato y morrones; constipación, hemorroides, hepatitis C o cualquier otra clase de hepatitis o enfermedad que nos deje amarillos; hace que los enamorados sean aún más cursis y los anteojos de sol, caros; calienta los asientos de los autos y hace que la gente ponga esos horribles cartones en los parabrisas de los coches estacionados en los estacionamientos de las playas donde la gente goza vaya a saber uno de qué, porque no es posible que sea del ardor en la espalda, en los brazos, en el cuello, en la entrepierna, de la aspereza que hace que la sábana se transforme en un nido de ratas; no, la gente en la playa debe gozar de alguna otra cosa, algo imposible de discernir, salvo que sea simple y llanamente masoquismo, lo que no estaría tan mal, al contrario, le daría un toque interesante a toda esa gente, un gustito a perversión más que seductor, aunque parece imposible que haya en la playa tanta gente interesante –es decir, perversa– lo más probable es que estén ahí porque el sol justamente ya hizo su efecto, los descerebró, les evaporó las neuronas y los dejó lobotómicos; el sol es inmundo, un bicho, una tortura; en fin, en todo eso pensó Dupont en los tres o cuatro o, a lo sumo cinco segundos que miró fijamente el sol. Dupont miró el reloj, era hora de volver a casa. Tomó un taxi, llegó a su casa. Entró al departamento. Tenía sueño, estaba casi agotado. Tenía dolor de cuello, una pequeña tortícolis. Se hizo unos masajes, no era nada grave, sólo una molestia, una incomodidad. De golpe recordó el mensaje. Se acordó del olvido. En realidad se había olvidado de que se había olvidado del mensaje, por eso no tenía demasiadas preocupaciones. Pero ahora que recordó que se había olvidado de haber olvidado el mensaje que debía recordar, ahora se había puesto un poquitín más nervioso. El mensaje le vino a la memoria: “Segundo mensaje: ¡Sungudrule!”. Decenas, centenas, de acontecimientos –una vida, casi– habían pasado desde que había recibido el mensaje y todavía Dupont no había empezado, siquiera, a descifrarlo. Era ardua la tarea que le esperaba, pero sobre todo solitaria. Muy solitaria. Era el



eterno duelo del hombre frente a lo desconocido. De la cualidad en medio del nómeno. Del movimiento en medio de la inercia. Algo había de extraño en esa situación. Un detective de la clase de Batalla no había percibido la importancia de la EEAPEPÉ en el caso que investigaba. Y no sólo Batalla: nadie en la tierra parecía darse cuenta de la existencia de la EEAPEPÉ. Nadie. Ni el jefe de la Policía, ni los cronistas de los diarios, ni los más brillantes detectives privados, ni las familias de las víctimas, ni los médicos forenses, ni los curiosos de toda índole. Nadie. ¿Pero cómo era esto posible? ¿Cómo nadie asociaba los acontecimientos visibles con la acción subterránea de la EEAPEPÉ? ¿Cómo una organización de su envergadura, una especie de Poder Global, de meta-mafia universal, de red infinita, cómo el magma del mal podía pasar así desapercibido? Pensaba en esto Dupont y empezó a sentirse una especie de David Vincent, el de *Los invasores*. Los extraterrestres invaden la tierra y sólo uno (¡él!) se daba cuenta. Los marcianos se apoderan de los cuerpos de los terrícolas, en silencio, de a poco, subrepticamente, y sólo Vincent puede distinguirlos. Pero a un costo: la locura. No la propia, la suya, la personal; sino la de los otros, la realmente cruel, la que duele. ¡Vincent descubre la verdad y encima lo acusan de loco! ¡Vincent es el único cuerdo en un mundo de locos! Dupont recordó un capítulo: Vincent hace dedo en la Ruta 69, al sur de Los Angeles. Una chica en una camioneta lo sube, es rubia, tiembla, está nerviosa. La chica (Peggy) se acababa de ir de su casa, ha abandonado a su marido (Bill). Bill siempre le pegaba; después de beber, después de jugar al póker, después de volver a las tres de la mañana, después de levantarse de mal humor. Le pegaba, incluso, delante de su hija (Mary Sue). Con razón Peggy un día se cansa y deja todo. Lleva a Mary Sue a casa de su abuela (Hilary), toma la vieja camioneta destartada (una Ford F-100 de 1965) y se larga por la 69. En eso está cuando encuentra a Vincent. Vincent le cuenta la historia de los invasores y Peggy le cree. Vincent parece un poco confundido, está ya demasiado acostumbrado a la incredulidad. Cuando le pregunta cómo es posible, Peggy le contesta que hay algo en sus ojos –los de Vincent– que transmite verdad. Agrega, luego, que en este mundo ya nadie transmite verdad. Hay un silencio. Vincent le pregunta si quiere contarle algo. Peggy dice que no. Hay otro silencio y después Peggy comienza a contarle la historia de su vida. Cuando se dan cuenta están cerca de la frontera con México. Se detienen en un bar de la ruta. Vincent pide algo caliente, Peggy también. En eso, en-

tran al bar un par de policías. Vincent se pone tieso. Son invasores. Peggy pregunta cómo lo sabe. Vincent le dice que los invasores son iguales a los mortales, salvo por un detalle: el dedo meñique de la mano. Ahí, en ese detalle ínfimo, radica la diferencia. El policía que está sentado en la barra pidiendo una cerveza, tiene un defecto en el dedo meñique. Peggy y Vincent salen del bar. Van a un motel. Se hace de noche. Se besan. Duermen juntos. A la mañana vuelven por la 69 en dirección contraria. No hablan de otra cosa que de la obsesión de Vincent: resistir, organizar la resistencia. David Vincent se siente como en una nube, al fin no está solo, ha encontrado a alguien que confía en él, que le cree, que comparte su verdad. Se hace otra vez de noche y paran a dormir en otro motel. Peggy quiere fumar, Vincent no tiene más cigarrillos. Peggy sale a comprar. El kiosco está del otro lado de la ruta. Peggy mira hacia un lado y hacia el otro. No pasa ningún auto. Comienza a cruzar la 69 y en la mitad aparece un auto y la aplasta. Vincent ve todo desde la ventana de la habitación. No llora, no hace nada. Paga la cuenta y se va. Está otra vez solo frente a los invasores. Dupont recordó ese capítulo y se le hizo un nudo en la garganta, le subía saliva amarga, suspiraba desolación. ¿Qué significaba estar solo en el mundo? ¿Poseer un secreto inconfesable o, mejor dicho, increíble? ¿Haber develado la verdad, pero la verdad para nadie? Dupont se sentía una especie de David Vincent... Si al menos encontrase a su Peggy, alguien a quien amar, al menos por una noche. Pero no, no había Peggy en la vida de Dupont. O, al menos, no después de que la EEAPEPÉ había entrado en su vida, se había vuelto su obsesión, su razón de ser. De haberla encontrado, le hubiera arruinado la existencia. Siempre es así: vivir sin una obsesión no es vivir, pero tenerla implica dejar de vivir. ¿Cómo es posible dejar de tener lo que nunca se tuvo? La obsesión nos da la vida y nos la arruina. Ahí está la respuesta: no nos quita la vida, nos la arruina. Nos la hace ruinas. Escombros. Deshechos. Desperdicios. La obsesión desbarata cada una de nuestras intenciones, de nuestras voluntades, de nuestros sueños, deseos, pasiones, promesas, maneras, figuras, acciones. ¿Un hombre que duerme? Una obsesión. ¿Las cosas? Una obsesión. ¿Un recuerdo de infancia? Una obsesión. ¿Una carta de amor? Una obsesión. ¿La EEAPEPÉ? Una obsesión. ¿La música de la película *París Texas*? Una obsesión. ¿Un poema de René Char? Una obsesión. ¿Una obsesión? Todas las obsesiones. Dupont pensaba. Estaba mirando atrás y podía ver la vida entera. Fue hacia la heladera, la abrió, tomó

la jarra con agua, abrió la alacena, sacó un vaso, cerró la alacena, vertió el agua en el vaso, bebió del vaso, dejó el vaso sobre la mesada, cerró la heladera. Pensó. Tenía que descifrar el mensaje. ¿Por dónde empezar? ¿Y para qué? ¿Acaso estaba en los signos el sentido? Dupont tenía una relación tan experiencial con la EEAPEPÉ, tan vívida, tan holística y global, que ya no eran necesarias las palabras. ¿Qué podía aportarle un mensaje más, uno menos? Un detalle, una minucia. Algo sin importancia. Pero no se trataba de eso, se trataba de otra cosa, de atrapar algo más profundo, más denso, más opaco, más abajo y más atrás, algo subterráneo, un núcleo atractor, un epicentro que organizara el todo, el punto de fuga del sentido; algo que estuviera tan adentro, que fuera tan central que no pudiera estar en ningún otro lugar que no fuera en la superficie, en la bruma del discurso; no hay nada más profundo que una línea, nada más comprometido que una tangente, nada más opaco que un espejo, nada más inmenso que una partícula. Nada más cierto que la más evidente mentira. Dupont estaba agotado. Tenía dolor de cabeza, nada importante, pero sí un poco molesto. Se recostó en la cama. Quería meditar pero, como es comprensible, le vino sueño. Comenzó a soñar, primero un sueño difuso y después claro, cristalino. Soñó que estaba dando una conferencia, una charla sobre judo. Dupont estaba en un estrado, en una escuela, una academia, una institución o algo por el estilo. Hablaba sobre el judogi, el vestido de los judokas: “Pantalones: los pantalones, que se sujetan mediante trencillas, deberán estar hechos de simple paño de algodón, ya con un pespunteado de cordel que forme un pequeño rombo, ya sin él. Cinturón: el cinturón estará hecho de tela de algodón, con una entretela de lo mismo. Ha de tener unos tres centímetros de ancho y de dos y medio a tres metros de largo, para que pueda dar dos vueltas a la cintura del luchador y ser sujetado por la parte de delante con un nudo cuadrado. Los contendientes no han de llevar objetos como anillos, adornos, aros, etc., que puedan causar daño a sus contrarios. También deben tener bien cortadas las uñas de los dedos de la mano y de los pies”. En el auditorio había unas ciento cincuenta personas de todas las edades, mujeres, hombres, niños. Dupont se veía a sí mismo, parecía seguro, aplomado, firme como todo poseedor de un saber. La sala estaba bien iluminada, el techo tenía doce tubos fluorescentes de doscientos watts cada uno. Todos funcionaban correctamente, salvo uno que titilaba y emitía un leve sonido molesto. Había ya terminado Dupont de exponer los hábitos

de vestuario y, cuando se proponía comenzar con la técnica de combate propiamente dicha, de golpe, sin avisar, de manera contundente, un hombre –ubicado en el fondo de la sala– se levantó y, gritando, dijo: “¡Aquello que no me destruye me hace más fuerte!”. El hombre era alto, robusto, bigotudo. Dupont no entendió inmediatamente qué quería decir con eso. Hay que reconocer que la situación era, como mínimo, desconcertante, al menos así lo sentían los dos Dupont, el soñado y el soñante. El soñado tenía sus razones para estar desconcertado: estaba ahí, dando una charla sobre judo en un estrado de un lugar desconocido frente a un público ídem, del cual surgía un personaje de características rudas y modales no muy propicios para la circunstancia; y el soñante tenía aún más razones para el desasosiego: viéndose como se veía a sí mismo en esa situación y, encima, sin otra posibilidad –debido al sueño– que cerrar los ojos y seguir soñando. No es habitual, pero esta vez los puntos de vista del soñado y del soñante coincidían. El bigotudo seguía gritando y se acercaba peligrosamente al estrado. Aseveraba cosas como: “Los hombres póstumos –por ejemplo, yo– son peor comprendidos que los hombres actuales, pero mejor escuchados. Nosotros no somos comprendidos nunca y de aquí nace nuestra autoridad”, o frases del tipo: “El gusano pisado se retuerce. Ésa es su sabiduría. Haciendo esto disminuyen las probabilidades de volver a ser pisado. En el idioma de la moral, eso se llama humildad”. Dijo dos o tres frases como ésas y ya estaba frente al escenario. Dupont había balbuceado algunas respuestas –del tipo: “Todo lo que necesitás es amor”– pero sin lograr ningún efecto en su interlocutor. Era evidente que el bigotudo quería pelea. Subió al escenario. Dupont se dispuso a defender la tarima, costara lo que costara. La tarima se había convertido en algo más que tablas y clavos y tuercas y tornillos; se había convertido en la encarnación material del honor. Se miraron fijamente a los ojos, cada uno pudo ver los ojos rojos de furia reflejados en los ojos del otro. El bigotudo atacó primero. Dio un paso adelante con el pie derecho de modo que todo su peso quedase sostenido, precariamente, sobre los dedos de su pie. Dupont, ducho en este tipo de situaciones, vio que se trataba de un intento de sasae-tsuri-komi-ashi, un simple bloqueo de pierna, y con un paso al costado desbarató el ataque. Ahora era su turno. En un instante, menos aún, cruzaron por su mente todas las tomas del judo moderno. ¿Qué convendría hacer en este caso? ¿Cuánto sabría el bigotudo de ese deporte? Primero le dio un empujón, seco pero artero. El bigotudo

cayó al suelo. Dupont no dudó, era ahora o nunca, así que se jugó todo a una shimewaza, una típica llave de estrangulamiento. Dupont, como se estila en estos casos, se la aplicó por detrás, acercando cuanto fue posible la mano derecha al cuello del bigotudo para oprimirle el hueso de la muñeca a la nuez, mientras que la mano izquierda tiró con fuerza hacia el suelo. El bigotudo empezó a ahogarse, Dupont se sentía victorioso y le susurraba cosas al oído –del tipo: “Ahora vas a tener que comerte cada una de tus palabras, zángano”–. La cara del bigotudo se ponía violeta, verde, lila, de todos colores. Dupont no dejaba de apretar con fuerza cuando, de manera inesperada, comenzaron a escucharse unos golpes. Primero fuertes y luego fuertísimos. Dupont soltó, el bigotudo respiró y los golpes continuaron. Cada vez más fuertes, tan tan fuertes que no sólo el soñado los sintió, sino también el soñante. El soñante abrió los ojos y vio que su puerta temblaba. La furia de los golpes la sacudía. Se levantó como pudo y corrió hacia ella. Los golpes cesaron un segundo antes de que Dupont la abriese. Abrió la puerta y vio a una mujer que salía corriendo. La vio apenas; un distinguo, una sombra. Miró a sus pies. Había un sobre. Lo abrió. Había un papel plegado en dos. Lo desplegó. Había escrito algo. Lo leyó: “Tercer mensaje: como el movimiento se demuestra andando, pues... ¡Andemos!”.

CERRÓ LA PUERTA. Suspiró, pequeños huracanes de oxígeno recorrieron el lado de adentro de los cachetes bucales. Exhaló. Miró la hoja, el mensaje en medio del blanco inmaculado. ¿De qué se trataba ahora? ¿Qué clase de mensaje era ése? ¿Era una amenaza? ¿Una confesión? ¿Ambas cosas a la vez? ¿Ninguna de las dos? Dupont tomó un tono reflexivo, de introspección. Cada nuevo mensaje lo enfrentaba a dos soluciones, a dos caminos, y cada uno de esos dos, a otros dos, y cada uno de esos dos, a otros dos y cada uno de esos dos, a otros dos y cada uno de esos dos, a otros dos, y así sucesivamente. Por supuesto que ésta es una conjetura optimista, también podría suponerse que cada nuevo mensaje lo enfrentaba a tres soluciones y cada una de las tres, a otras tres y cada una de las tres, a otras tres y etc., etc. Pero Dupont

–pese a todo– estaba de buen humor y no llegó a evaluar, siquiera, la segunda alternativa. Todo esto ya iba tomando la forma de un laberinto, un laberinto extraño, plano, sin anverso ni reverso. Era como atrapar arena entre los dedos; arena que vuela al viento en el mismo momento de ser atrapada; como atrapar una mariposa: ¿Qué es atrapar una mariposa sino el recuerdo de la mariposa antes de ser atrapada? No, de ninguna manera esto era así, pensó el detective. El mensaje no era una amenaza, ni una confesión, era una invitación. ¿A qué? ¿De parte de quién? ¿Con qué fin? ¿A qué precio? Dupont se sentó, siguió pensando. Se sirvió un whiscola. Meditó. Por un instante el mundo se detuvo y fue todo pensamiento, sólo pensamiento, materia inorgánica, energía mental, mundo del topos. Prendió la tele, quería relajarse. Las rayas habían aumentado, las válvulas recalentaban, el tubo estaba al borde de extinguirse. Daban *Kojak* con Telly Savalas. Kojak tenía un chupetín en la boca y un sombrero de piel sintética y un anorak gastado. Parecía estar –también él– de buen humor. De repente Dupont sintió urgentes necesidades de ir al baño. Subió el volumen y caminó hasta el baño. Salió del baño, caminó hasta el sillón, pero *Kojak* ya había terminado. Ahora daban el noticiero. Dupont lo dejó sólo por inercia. Una noticia de Fórmula 1, la última película de Claude Lelouch, el asesinato de un dirigente sindical, la suba de los impuestos, el pronóstico del tiempo: cálido y húmedo, leve ascenso de la temperatura, vientos moderados del norte cambiando al este, treinta por ciento de probabilidades de lluvias aisladas. Dupont bostezó y en el medio de su bostezo rebobinó –mentalmente, claro– las noticias. ¿Cómo había sido exactamente el atentado al dirigente sindical? Impuso a su memoria la atención superlativa y recordó lo que el locutor había dicho: “Fue asesinado en la víspera el dirigente sindical Giuseppe Mastronnardi, líder del sector contestatario de la Central Nacional de Trabajadores. El cuerpo fue encontrado en un estacionamiento desierto de un supermercado ubicado al norte de esta ciudad. Su cuerpo estaba descuartizado en fetas. La policía baraja la hipótesis de un crimen político o pasional –Mastronnardi tenía fama de mujeriego–; aunque distintos medios señalan a la propia policía o a algún poder estatal como posibles responsables del hecho”. Dupont dejó de recordar, estaba doblemente asombrado. Primero, estaba asombrado de su propia memoria. Se puede ser un gran detective, un memorioso nato, un estudioso de las reglas mnemotécnicas, y aun así no recordar un párrafo con la precisión con que lo había hecho el detective. Segundo –y principalísimo–

cómo era posible que nadie –¡otra vez!–, nadie se hubiera dado cuenta de que se trataba de la EEAPEPÉ. ¿Una tonta historia de amor? ¡Mentiras! ¿Un ajuste de cuentas político? ¡Patrañas! ¿Un crimen de Estado? ¡Tonterías! Era claro, evidente, acablante, notorio, que se trataba de la EEAPEPÉ. El modus operandi no dejaba lugar a dudas. Se hacía drástico, imperativo, interpretar el mensaje, aceptar la invitación que contenía. ¡Pues, andemos!, pensó el detective con fuerza singular. Pero, ¿hacia dónde? Llegó Dupont a una conclusión: no tenía la menor idea de hacia donde estaba yendo, pero sabía que se encontraba en el buen camino. Se detuvo, otra vez, a pensar. El secreto debía estar, nuevamente, en la frase. Todo era cuestión, también ahora, de interpretarla. Se dispuso, como de costumbre, a hacerlo. “Como el movimiento se demuestra andando...”, es un buen comienzo, pensó Dupont. ¿Cómo puede demostrarse el movimiento? ¿Qué es lo que diferencia el movimiento del andar? ¿El movimiento sería un estado inicial, potencial, virtual, y el andar su aplicación, su actualización, su puesta en funcionamiento? ¿Sería la diferencia entre el movimiento y el andar, del mismo orden que la que hay entre lo abstracto y lo concreto? ¿Sería el movimiento la idea y el andar su dramatización? ¿Sería el andar anterior al movimiento o, en otros términos, precede la existencia a la esencia? ¿Habría entre ellos una relación dialéctica? ¿Existe movimiento en la quietud? ¿Y qué es el detenerse, una forma del andar o la ausencia de movimiento? Dupont recordó una ley de la física: es imposible determinar la posición de un cuerpo en movimiento. Aplicó, aquí también, la memoria superlativa. ¿Qué era, en realidad, el movimiento? ¿Cómo lo definía *La introducción a la física* de Graciela Solé, uno de sus libros de cabecera de adolescencia? Recordó, pensó, sobrevoló, inspeccionó su memoria. Buscó y encontró: “Movimiento: cambio de posición en el espacio en función del tiempo, en relación a un sistema de referencia.” Suspiró, estaba –claro está– cansado. Unos segundos de memoria o de atención superlativa equivalen a tres o cuatro horas de de atención o memoria restringida y a siete u ocho de atención o memoria discreta. Estaba, lógicamente, agotado. Volvió a suspirar y se repuso en el acto, tenía un deber que cumplir. Su vocación de servicio estaba ante todo. La primera parte del mensaje le parecía de lo más interesante y compleja. Ya no era la simple relación u oposición –quizás dialéctica, quizás no– entre el movimiento y el andar, sino que había también que tener en cuenta el tiempo, el espacio, el sistema de referencia. Un mundo se abría ante sus ojos. Por enésima vez en el día,

pensó. ¿Son el tiempo y el espacio experiencias empíricas o conceptos a priori? Sin saberlo, el detective recorrió en un instante toda la filosofía kantiana. Como el detective no había leído a Kant, no había oído hablar de Kant y, en última instancia, le importaba un pepino Kant, resolvió la cuestión en un tris: el espacio y el tiempo son una experiencia empírica. Dudó. ¿Sería realmente así? No lo sabía, pero esa había sido su intuición. Al fin y al cabo, qué es la intuición sino la inteligencia en cámara rápida. El tiempo y el espacio son las experiencias empíricas, reales, de la EEAPEPÉ. ¡Eso quería decir la primera parte del mensaje! Que la EEAPEPÉ opera en el tiempo y en el espacio... a escala planetaria, a nivel global. ¡Quieren gobernar el mundo!, exclamó para sus adentros Dupont. “Como el movimiento se demuestra andando...” quiere decir eso: tiempo, espacio, control de la humanidad, del globo terráqueo. La primera parte del mensaje le confirmaba –otra vez, nuevamente y como de costumbre– lo que era la EEAPEPÉ: una meta-mafia, una organización compleja de expansión, un pulpo de control. Y entonces –por deducción–, ¿cómo era posible que nadie lo percibiese? Nadie, salvo yo, se dijo Dupont para darse ánimos. Ser único, original, distinto, tiene sus ventajas, pero también sus inconvenientes; la angustia, el exceso de responsabilidad, una hipertrofia del superyó. Pero no, se susurró Dupont, no es momento para esos pensamientos. Tenía razón el detective: eran momentos de acción. La primera parte del mensaje ya era papita para el loro, ahora tocaba descubrir el resto: “¡Pues, andemos!”... ¿Qué significaría eso? “Pues” significaba algo evidente: conjunción que sirve para introducir una consecuencia. Pero, al mismo tiempo significaba, también, la expresión de una duda: ¿quién pues?, ¿cómo pues?, ¿dónde pues?, ¿qué pues? ¿Cómo, pues, resolver el dilema? Pensó Dupont primero lo siguiente: “pues” era algo así como la introducción a la respuesta de la duda. Con esa frase mataba dos pájaros de un tiro, además sonaba lindo. Pero no, no se puede ser ecuménico cuando se trata del lenguaje, hay que optar por uno o por otro. Un inmenso zozobro le recorrió el sistema nervioso. ¿“Pues” sería una duda o la introducción de una consecuencia? ¿Qué duda! Dupont tenía la duda de saber si “pues” era una duda. ¡Duda con duda se neutralizan, recordó inspirado el detective. ¡Debe ser lo segundo! Lo pensó y en un instante se convenció como ante una verdad revelada. “Pues” sería a sus ojos la introducción de una consecuencia. Pero... ¿Cuál? Restaba sólo “andemos”. ¿De qué sería “andemos” la consecuencia? ¿Qué podía querer decir semejante verbo del

primer grupo, escrito en un mensaje destinado a un detective? Dupont se formuló la pregunta y se dio cuenta de que, como era previsible, la pregunta contenía múltiples respuestas. Se prohibió investigar en detalle cada una de las posibilidades, a veces un pequeño gesto autoritario nos evita una pérdida de tiempo. Habiéndose censurado el panorama completo de posibilidades y, por lo tanto, la constatación empírica del camino a seguir, ¿cuál, pues, sería la respuesta correcta? En una palabra, nuevamente: ¿qué querría decir “andemos” y por qué estaba escrito en un mensaje de la EEAPEPÉ destinado a un detective? La respuesta correcta, se dio velozmente cuenta el detective, no había que buscarla ni en la palabra, ni en el mensaje, sino en ambos a un tiempo. No existe texto sin contexto, balbuceó en un giro lingüístico para sus adentros Dupont. Ese mensaje no significaba sólo andemos; era, al mismo tiempo, una invitación que la EEAPEPÉ le hacía. La EEAPEPÉ lo estaba invitando. ¿A qué? En fin, otra vez el mismo conflicto: una pregunta tiene una respuesta y ésta ocasiona otra pregunta que genera otra respuesta y así, hasta el infinito o hasta la pregunta por el infinito; pregunta que no es una sino la suma de las preguntas que pueden preguntarse; ya que también pueden tomarse en cuenta todas las preguntas y sus respuestas y sus repreguntas que fueron quedando de lado, es decir, que no fueron consideradas a la hora de establecer la hipótesis desarrollada más arriba: una pregunta trae una respuesta y ésta genera una repregunta... seguramente más correcto sería postular que una pregunta posibilita infinitas respuestas y que éstas acarrearán infinitas repreguntas aunque, pensándolo bien, esto plantearía el espinoso problema de saber si existe un infinito más grande que otro, es decir, si el infinito de las posibilidades de las respuestas es más amplio que el de las posibilidades de las repreguntas; en todo caso este tipo de desarrollos es –como se ve– extremadamente complejo por lo que, sabiamente, Dupont decidió suspenderlo en el acto. La respuesta era cristalina como el agua mineral sin gas: la EEAPEPÉ lo invitaba a andar... de ahí el “¡andemos!”. Lo invitaba a sumarse a ella, a cabalgar al unísono, a hacer una vida en conjunto, a incorporarse, a sumarse a sus huestes, a conocer nuevos mundos, tener nuevas experiencias, otras relaciones, posibilidades de contacto social, de ascensos, de mejoría en las condiciones laborales –obra social y gastos higiénicos incluidos–, lo invitaba a traspasar fronteras, recorrer mares, atravesar culturas, intercambiar ideas, conocer el futuro, convivir creativamente con la incertidumbre, tener una educación, obtener un título, un tra-

bajo, pagar los impuestos, casarse, tener hijos, mudarse a una casa más grande, tener mucama, mandar a los hijos a escuela privada, pagar más impuestos, divorciarse, volver a ser libre y bohemio; lo invitaba a compartir la más fabulosa aventura: dominar el mundo. Pero Dupont no podía. Tenía la estúpida idea de estar del lado de los buenos. No, esa vida no era para él. Suspiró. Cerró los ojos. Se sintió honrado: si la más poderosa meta-mafia del planeta reparaba en él enviándole no un mensaje, no dos mensajes, sino tres mensajes y, precisamente en el tercero, lo invitaba a acoplarse a ella, todo eso no podía producir, en el detective, sino orgullo. Salió al jardín. Raramente Dupont prestaba atención a su pequeño jardín, de hecho, hacía tiempo que el pasto estaba seco y quemado y la tierra vieja y podrida. Es extraño, las cosas pueden estar alrededor nuestro, estar durante días, meses, años, sin que nosotros les prestemos atención. Estar inerte como objetos, cumpliendo el destino objetual de todo ente, haciendo gala de su coseidad. ¿Qué es lo que hace que un objeto se realice como tal? ¿Qué convierte un objeto en un objeto? ¿La inmovilidad? ¿El mutismo? ¿La ausencia de conciencia? Supongamos que todo ente que cumpla estos tres requisitos –inmovilidad, mutismo, ausencia de conciencia– esté en condiciones de ser nombrado objeto, que sea la esencia del objeto, entonces, ¿por qué hay objetos que valen más que otros? ¿Por qué una levita vale más que diez libras de té o cuarenta libras de café o un quarter de trigo o dos onzas de oro o media tonelada de hierro o veinte varas de lienzo? Hay algo profundamente injusto en esta situación: siendo metafísicamente iguales, los objetos valen distinto y además no tienen forma de defenderse. Dupont suspiró. Dudó, pero rápidamente se detuvo. Dupont estaba más allá de todas esas elucubraciones. La EEAPEPÉ lo había invitado a sumarse a ella. ¡Qué duda! ¡Qué emoción! ¡Qué compromiso! ¡Qué responsabilidad! Pero ni siquiera eso le importaba, ahora sólo le interesaba el jardín. La sequedad en torno lo deprimía un poco, sólo un poquito. Tenía un leve disgusto por la muerte de su jardín. ¿Qué hacer? ¿Cómo devolverlo a la vida? Llegó a una conclusión: para devolver a la vida un jardín muerto de sequedad era necesario que fuera la sequedad quien muriera. El enunciado le pareció un poco circular pero no por eso menos coherente. A decir verdad, la circularidad del enunciado que encunaba la muerte de la sequedad como condición necesaria para vencer la sequedad que había causado la muerte de su jardín, ese enunciado, podría haberle disgustado. Dupont tenía algo en contra de la circularidad. Posiblemente era un



resquemor que traía consigo de la época en que vivía con quien luego sería su ex. En aquel entonces habían entrado a un Círculo de ahorro para la vivienda, una mezcla de crédito y sorteo que otorgaba una reconocida institución de la plaza financiera. Dupont pagaba todos los meses una cuota y, en algún momento, por vía de un sorteo, le otorgarían el monto que le permitiría comprarse su nidito de amor. Las cuotas eran treinta y seis y otros tantos los sorteos. En la cuota treinta y cinco Dupont todavía no había salido sorteado, lo que provocaba en él dos estados normalmente contradictorios pero que, en esa extraña situación, convivían de manera totalmente armoniosa. Estaba ansiosamente alegre y, al mismo tiempo, absolutamente deprimido: haber pagado treinta y cinco cuotas y no haber salido sorteado lo había llevado a un estado de depresión y a un profundo cuestionamiento de su suerte en el mundo. Pero, a la vez, esa rigurosa introspección no era llevada hasta las últimas consecuencias por el hecho de saber, a ciencia exacta, que en el próximo sorteo –el trigésimo sexto– saldría sorteado. El sorteo se realizó un martes a las once de la mañana. Era un día nublado, corría un poco de brisa. Los niños fueron a la escuela como siempre. El gobierno gobernaba, los limosneros limosneaban, los accionistas accionaban. No hubo ningún sobresalto en quince kilómetros a la redonda. A las once y diez Dupont llamó por teléfono para saber a qué hora podía ir a retirar el dinero. La secretaria no lo reconoció. Insistió. La escena se repitió. Dupont presionó. La secretaria no cedió. Dupont protestó. La secretaria no se inmutó. Dupont se enfureció. La secretaria lo rechazó. Dupont preguntó. La escena se repitió. En resumen: el sorteo lo había ganado otro. Dupont había sido vilmente estafado, nunca había entrado en ese círculo cerrado. Su nombre jamás había concursado en el sorteo mensual. Fue un shock. Quien sabe si eso, además de todo, no ayudó a precipitar el divorcio. De esa desdichada experiencia el detective extrajo varias conclusiones –que no vienen al caso ahora–, sin contar las diferentes fobias y resquemores; uno de ellos, contra la circularidad. Pese a todo, la circularidad de la frase le parecía pertinente, era necesario matar la sequedad que mató la vida vegetal del jardín. Pero, ¿cómo? ¿Cómo convertir la tierra yerma en energía vital? Tal como estaba, el jardín era un páramo. ¿Qué raíces se aferran, qué ramas crecen en esos pétreos deshechos? Obviamente, ninguna. Algo tenía que hacer si realmente quería rescatar el jardín. Dupont pensó. Se concentró como sólo se concentran los detectives y... ¡tenía que fertilizar el suelo! ¡Había que ponerle fertilizante! Uno

de los avances científicos que mayor repercusión tuvo sobre la vida de la humanidad fue el descubrimiento de la nutrición mineral de las plantas. Anteriormente se creía que las plantas se nutrían de las sustancias orgánicas que contienen estiércol. Y como la cantidad de estiércol es limitada, las posibilidades de aumentar los rendimientos de los cultivos, nutriendo mejor las plantas, eran mínimas. El descubrimiento de que las plantas se nutren de elementos como el nitrógeno, que abunda en la naturaleza, cambió totalmente el panorama e hizo aumentar varias veces los rendimientos. Pensó, entonces, Dupont en colocar alguna clase de fertilizante nitrogenado. La elección recayó en el salitre de Chile (nitrato de sodio). El nitrato de sodio es un producto muy natural, que contiene dieciséis por ciento de nitrógeno en forma nítrica muy asimilable. Contiene además pequeñas cantidades de otros nutrientes, principalmente yodo, boro y manganeso. Es una buena idea, pensó el detective y en sus ojos ya se veían reflejados las plantas crecientes, la sombra, el canto de los pájaros y los atardeceres melancólicos. Eterno inconformista, Dupont comenzó a evaluar soluciones alternativas. ¿Y si existiese algo mejor? ¿Algo que, produciendo el mismo efecto, fuese más económico? Pensó en alguna clase de fertilizante fosfatado, del tipo escorias de desfoforación. La escoria de desfoforación es un subproducto de la fabricación del acero, contiene veintidós por ciento de fósforo y aproximadamente cuarenta y cinco por ciento de cal, además de otros nutrientes como magnesio, cobre, cobalto. Dupont reflexionó, pero no se apresuró a tomar una decisión. Uno u otro estarían bien. Lo importante era tomar la gran decisión, la decisión política de usar fertilizante. Las herramientas técnicas podían quedar para más adelante. Dupont aspiró felicidad. En medio de la tierra seca donde crecería un hermoso jardín gracias al uso de fertilizantes de uno u otro tipo que matarían la sequedad que había matado la vegetación y que había impedido que el jardín pudiera ser disfrutado como tal, desde ahora y no desde el momento en que las plantas crecieran gracias a la buena decisión del detective de revivir el terreno a base de fertilizantes, en medio de ese lugar y de ese pensamiento, Dupont aspiró. Aspiró felicidad. Exhaló y la nariz le dolió un poco. Nada profundo, apenas un pequeño dolor pero un poco molesto. El detective se palpó la zona, nada para señalar. Era un dolorcito tan débil como incómodo. Ya pasará, se consoló el detective y dejó de pensar en el tema. Entró al departamento. ¿Debía aceptar la invitación de la EEAPEPÉ? Se sentó en el sillón, prendió la tele, eso lo ayudaría a

reflexionar. La imagen estaba negra. Nada en la pantalla era de otro color. Pensó, por un momento, que era mugre. ¿Cuánto hacía que no limpiaba el aparato? ¿Cuánto que no pasaba un trapito en el tubo? Procedió, pero nada. Era claro que el tubo había dado las hurras. Volvió a sentarse. Cambió una y mil veces de canal, como intentando vencerse. Pero al mismo tiempo no estaba triste. De alguna forma, la negritud era necesaria. Ahora sí iba a tener que comprar, al fin, una tele nueva. Eso, en realidad, lo ponía de buen humor. Cambiaba de canal una y otra vez esperando vaya a saber qué, pero con la mejor sonrisa; diríase que Dupont estaba en la fase triunfante del duelo. Por lo menos el volumen funcionaba. De detrás de la oscuridad se escuchaba la voz de un hombre. Dupont prestó atención. No sólo era un hombre, era un cantante. Entonaba una melodía liviana pero simpática. La letra decía algo así como “vivir así es morir de amor / por amor tengo el alma herida / por amor no hay más dicha en mi vida / ¡melancolía!”. Al detective le pareció agradable la canción. La música era rítmica, un poco pegadiza e, imperceptiblemente, comenzó a mover el pie. Su piecito seguía el ritmo de la melodía. Arriba, abajo, el taco contra el suelo, la punta contra el suelo. Visto desde afuera, la situación podía tener algo de patética: un detective solo, frente a una tele que no funciona, escuchando una canción cursi y moviendo sin cesar la patita. Pero, ¿quién no movió alguna vez la patita con alguna tonta canción? ¿Quién, por más culto que sea, por más Wagner, Mozart y Beethoven, no se emocionó con una banal melodía? ¿Quién no recuerda un atardecer, una novia, unas vacaciones, una despedida, un exilio, un bar, una estación de tren, un viaje largo, una noche de insomnio, un romance cuando escucha alguna de esas canciones? ¿Quién no se dejó llevar alguna vez sin darse cuenta? ¿Quién no empezó a seguir el ritmo y a tararear la letra y recién mucho tiempo después se preguntó: “¿Qué estoy haciendo”? Dupont –humano al fin– también lo hacía. Movía el pie al compás de la canción que salía de la sombra de su tele. La canción terminó. Apagó la tele. Seguía sin responder a la pregunta, ¿qué debía hacer con la EEAPEPÉ? Las alternativas eran, como siempre, dos: aceptar o rechazar. Si aceptaba, se integraría a la EEAPEPÉ, con todo lo que ello implicaba. Si no aceptaba, se le presentarían, nuevamente, dos caminos: seguir luchando solo, como hasta ahora. O, por fin, denunciar públicamente a la EEAPEPÉ. Y si elegía esta solución, ¿qué podía pasar? ¿Quién le creería? ¿Adónde acudiría? ¿A la policía? Seguramente no. Dupont tenía un odio visceral a los uniformados,

especializados mucho más en torturar, matar, sobornar, ser sobornado, prepotear, violentar, cubrirse las espaldas, hacer pasar su sadismo como defensa propia, violar, maltratar, enterrar, gatillar, que en descubrir a poderosas meta-mafias. No, denunciar a la EEAPEPÉ públicamente era una locura. Pero tampoco podía integrarse a ella. ¿Qué dirían, después, los manuales de detectivismo! Dupont no podía quedar en la historia de esa manera, como un traidor, un cobarde. Al fin y al cabo, pensó el detective, todos los casos se resuelven, en realidad, para la posteridad. Para ocupar un buen lugar en la historia detectivesca. Para tener discípulos, admiradores; ser un paradigma, crear escuela, marcar una época, inventar un estilo, una mirada propia. Una forma única de ver el mundo. No, aceptar la oferta no era el camino. Quedaba, sólo, la primera subsolución de la segunda solución. Seguir luchando solo. ¡Ah, suspiró pensando el detective, quién pudiera ser indiferente a todo! ¡Cuán feliz sería uno si pudiera hacer abstracción del mundo! Pero, otra vez, no. No es eso posible para Dupont. El detective tiene un deber, conoce lo que nadie conoce, descubrió lo que nadie descubrió, llegó adonde nadie llegó, y ahora no puede volver atrás. En ese instante, Dupont tomó conciencia del espesor de la vida, del sentimiento trágico. Nada peor de lo que le ocurre a Dupont: ser un trágico a su pesar. Suspiró. La tragedia se había impuesto en su vida como se impone todo en todas las vidas: en silencio. Miró hacia todas partes; el techo blanco, el jardín muerto, la tele apagada. Se miró a sí mismo y en todos lados vio lo mismo: banalidad. ¿Será la tragedia el otro lado de la banalidad? ¿Serán intercambiables? ¿Pertenerán al mismo ecosistema? Casi sin aire de tanto hacerlo, suspiró. Era evidente que tenía que terminar con este tipo de pensamientos que no llevan a ningún lado, lo que al fin de cuentas no es tan terrible como se supone en realidad, ya que en verdad sí llevan a algún lado, sólo que ese lado es el lugar adonde no queremos ir; es preferible no ir a ningún lado que al lado equivocado, es mucho mejor pecar por omisión que realizar la acción irreparable, siempre la quietud es mejor que un mal movimiento, la inacción es más noble que la torpeza, el silencio más que la palabra sin sentido, frenar más que andar de más; en fin... muchas otras cosas más del mismo tipo. Dupont dejó de pensar en esto, abrió la puerta, salió del departamento, cerró la puerta, guardó la llave en el bolsillo de la campera, caminó hasta el ascensor, llamó el ascensor, subió al ascensor, marcó planta baja, llegó a la planta baja, salió del ascensor, cerró las puertas del ascensor, saludó al portero, abrió la

puerta de calle, salió a la calle, cerró la puerta de calle, paró un taxi, subió al taxi. Llegó a destino. Entró al bar, tenía un merecido whiscola por delante. Vio a la señora de Cameiro. Le contó que su tele se había extinguido. La señora de Cameiro le dijo de pasar por el negocio, que había recibido varios modelos nuevos. Dupont se mostró interesado. Charlaron. La señora de Cameiro pidió otro café. Dupont no quiso tomar. El café trae dolor de cabeza, pensó el detective, aunque para tener dolor de cabeza no hace falta tomar café, alcanza con ser detective, inspector de aduanas, periodista, estudiante de escuela secundaria, profesor de escuela secundaria, portero en una escuela secundaria, padre de un alumno de escuela secundaria, hijo de un profesor de escuela secundaria; basta con ponerse a pensar en la escuela secundaria o en cuando nuestros hijos comiencen o comenzaron a ir a la escuela secundaria; alcanza y sobra con pensar simplemente en tener hijos. Los empleados de seguros también tienen mucho dolor de cabeza, los obreros metalúrgicos, los guardaparques, los médicos traumatólogos y también los cardiólogos. Los criminales y los enamorados sufren igualmente de dolor de cabeza, aunque el de los criminales disminuye paulatinamente y el de los enamorados va en aumento. A medida que se avanza en la carrera criminal se va teniendo menos dolor de cabeza; un criminal experto jamás toma aspirinas ni ninguna clase de medicamentos, jamás va al médico ni tiene problemas de salud, malestares pasajeros, inconvenientes físicos; inversamente, el dolor de cabeza de los enamorados aumenta progresivamente; a medida que se está más enamorado, más duele la cabeza, más se ama y más late el cráneo, es casi una ley natural, una relación directamente proporcional; así son las cosas habitualmente. Es una evidencia que el café trae dolor de cabeza: si se toma mucho café y además se es detective, inspector de aduanas, estudiante de escuela secundaria o se tiene algo que ver con la escuela secundaria, si se es guardaparques o se piensa en tener hijos, si se es criminal o se está enamorado, si se es alguna de estas cosas o varias de ellas a la vez, si se combina peligrosamente alguno de estos elementos, si esta clasificación se constata, si todos estos preceptos se cumplen y además se toma café en cantidad, es altamente probable, por no decir seguro, que se tenga un formidable dolor de cabeza. En todo esto pensaba el detective al rechazar el café. Prefirió otro whiscola. La señora de Cameiro hablaba de televisores y de programas de televisión, parecía muy feliz con su empleo. La plática era agradable y el detective volvía a revivir una sensación raramente experimentada en

él: la de perder el tiempo. ¡Qué edificante que es, a veces, hablar con alguien que no nos interesa, sobre temas que no nos interesan, en lugares que no nos interesan y hacer como si fuese todo lo contrario! ¿Y si la señora de Cameiro estuviese sintiendo y haciendo lo mismo?, se interrogó, pesimista, el detective. En ese caso, además de una buena vendedora de televisores hubiera sido también una excelente actriz: la señora de Cameiro aparentaba estar muy entusiasmada con la conversación. No, no es posible, se contestó para sus adentros el detective, la señora de Cameiro está *efectivamente* entusiasmada. Le hablaba de una telenovela brasilera que veía siempre, de cómo a veces la realidad supera la ficción, de cosas increíbles. Resulta –según parece– que la heroína en la ficción había sido apuñalada realmente por el actor que en la historia hacía de su amante celoso. El drama se había desencadenado justo después de la filmación, en el parking del canal. En la ficción, Daniela le anunciaba a Guilherme que lo dejaba, que lo abandonaba, que lo odiaba y que nunca lo había amado. Guilherme quedaba turbado, muy turbado. El equipo de filmación aplaudió la escena, la actuación de Guilherme había sido notable, de un realismo extremo. A la salida, Guilherme esperó a Daniela en el parking y le dijo que aún la amaba. Ella respondió que era el fin, que todo había terminado entre ellos. ¡Guilherme y Daniela también se habían amado en la vida real! ¡Se habían amado en la realidad y en la ficción y ahora era el fin en ambas! Guilherme la mató de tres puñaladas. La sangre corrió tan roja como en el cine. La señora de Cameiro parecía saber todo sobre el caso. “Es muy interesante ver andar el movimiento de ese tipo de gente”, dijo. Dupont no prestó demasiada atención a la frase, la conversación prosiguió y después terminó. Era la hora de despedirse, la señora de Cameiro debía volver al trabajo. Salió del bar, Dupont se quedó. Pidió otro whiscola. El sol del atardecer lo encegueció durante tres segundos. Abrió los ojos y el bar ya no era el mismo. Las personas se habían cambiado todas de lugar. La pareja de al lado de la ventana estaba ahora cerca del baño, el hombre solo de la barra estaba en una mesa con una señorita. El mozo ya no usaba más moño. ¿Cómo era posible que todo hubiera cambiado en tres segundos? Pero, desde otro punto de vista, alguna vez las cosas tienen que cambiar. En algún momento, en algún instante, las cosas cambian. Quizás Dupont se había perdido justamente ese instante, el del cambio. La hipótesis no lo dejó conforme. Había algo que no cerraba, Dupont sentía como un malestar, una incomodidad. Algo había en su cabeza, en su recuerdo, que no



era como debía ser. Había, ahora ya lo tenía claro, algo fuera de lugar. Decidió aplicar la memoria superlativa. Había algo extraño en todo eso... algo impreciso... el encuentro con la señora de Cameiro... el cambio de lugar... Quizás en el diálogo con la señora de Cameiro estuviese la clave. ¿Sería eso posible? La duda lo carcomía, le chirriaban los dientes, le temblaba la nuez; era claro que tenía que repasarlo todo, revivirlo. Tenía que encontrar algo que explicase su malestar, algo que ordenase el desorden. Se concentró y su cerebro se convirtió en un radiograbador. Su memoria en un cassette. Comenzó a rebobinar. En décimas de segundos revivió la última hora. Las imágenes pasaban por su mente a la velocidad de un tren. Todo, en realidad, se veía como desde un tren; como postes inclinados a cuarenta y cinco grados, como sombras largas, como cables de teléfono; con un leve traqueteo y un vendedor de Coca-Cola y la lucecita del baño encendida, señal de que había alguien adentro, quizás una mujer que no había podido aguantar sus necesidades hasta el final del viaje y había sucumbido al calvario del baño público, quizás fuera simplemente una embarazada y estuviera vomitando; o tal vez fuera un hombre o un niño o un hombre con un niño; aunque también podía ser que la luz estuviera encendida por error, que estuviera descompuesta y quedara siempre prendida o, tal vez, ni siquiera estuviera encendida y fuera el reflejo del sol del atardecer que provocaba esa impresión óptica. Todas esas cosas pasaban por la cabeza de Dupont mientras su mente rebobinaba. Tal fue el exceso de esfuerzo, que se pasó. Su recuerdo siguió de largo. El detective quería detenerse en su diálogo con la señora de Cameiro pero su mente fue demasiado atrás. Se pasó de la parada prevista y ahora le mostraba, en primer plano, una pareja del bar. Era extraño, cuando Dupont entró al bar apenas había reparado en esa pareja. Pero ahora su memoria superlativa se la traía al presente con una nitidez envidiable. La pareja estaba sentada al lado de la ventana. Él era castaño, de ojos verdes, medía un metro setenta y nueve centímetros. Ella era negra, de una belleza absoluta. Perfecta, exquisita, sublime. ¿Cómo fue posible que Dupont no hubiese reparado de entrada en ella? ¿Hasta qué punto puede una obsesión obnubilar a una persona? ¿No sería que Dupont pertenecía ya –de hecho, sin quererlo, pese a él– a la EE-APEPÉ y por eso no la había visto? ¿No sería que tener una obsesión así, total, definitiva, era ya estar del otro lado, del lado del objeto que provoca la obsesión? ¿No sería que la obsesión era la forma culminante de la entrega? La pareja hablaba de tener hijos, de ser padres. Ella

decía que había llegado el momento. Él también. Ella decía que la pareja estaba suficientemente consolidada como para afrontar la responsabilidad. Él también. Ella decía que soñaba con tener un bebé, con tenerlo en brazos, abrazarlo. Él también. Ella decía que, sin embargo, tenía algunos miedos, algunos temores. Él también. ¿Cuáles?, preguntó ella. Él calló. Hubo un silencio y contestó. Que hable mal, que no hable. Nunca. Ella lo miró a los ojos. Hubo otro silencio y, en esa eternidad, comprendieron que, en realidad, ya eran padres. Todavía el pequeño no había nacido, ni siquiera había sido gestado, pero ellos ya eran padres. Lo eran de una manera profunda, esencial. Una inmensa emoción les recorrió el cuerpo. Era como un escalofrío zigzagueante: la emoción bajaba del cuello al brazo derecho y de ahí a la cadera izquierda y luego a la rodilla derecha y finalmente a los dedos del pie opuesto. Ella dijo: “Yo también”. Su unión era total, ambos compartían el mismo miedo: la ausencia de habla, la probabilidad de que el niño no hablara. Las causas por las que el niño no puede expresarse correctamente o tiene dificultades son varias. Para lograr que el sujeto con el que estamos tratando de comunicarnos entienda lo que intentamos transmitirle debemos olvidarnos un poco de nosotros mismos. El niño, al comienzo, habla sólo para sí mismo y se lo ve enfrascado en interminables monólogos como muestra de este egocentrismo. Como su lenguaje es totalmente egocéntrico, no hace otra cosa que hablar de sí o para sí mismo. Lo mismo va a ocurrir cuando el niño deba pasar del pensamiento de una frase a la expresión de la misma. Para lograr esto se deben llevar a cabo dos procesos, uno de análisis y otro de síntesis, cosa que el egocentrismo del niño no permite. Cuando el niño está totalmente sometido por su ombliguismo, repite exactamente lo que escucha sin atreverse a cambiar nada, aún sin comprender muchas de las palabras que utiliza. Algunos desajustes en el lenguaje lo llevarán a repetirlo todo o bien, en el caso extremo, lo volverán incapaz de participar en una conversación. Pero llegará naturalmente el momento en que querrá realmente que los demás logren comprenderlo y, a la vez, comprender todo lo que se dice a su alrededor. Se pondrá sumamente impaciente cuando no sea interpretado correctamente de acuerdo con sus propósitos, pero será ya capaz de intentar expresarse con una nueva fórmula para no fracasar. Y al lograrlo, se sentirá capaz y más seguro del uso que hace del lenguaje. En síntesis: el hecho de que un niño hable, cuando no presenta problemas específicos, se debe exclusivamente a su voluntad e iniciativa. La argumentación, claro está,

los dejó más tranquilos. Si algo tenía esa pareja era voluntad e iniciativa y así serían sus herederos. Sonrieron. Se tomaron de las manos y se miraron a los ojos. Había amor en el ambiente. Dupont miraba la escena, que pasaba a toda velocidad por su cerebro, con un dejo de ternura. Recordó, de golpe, el tema que tenía que recordar: la conversación con la señora de Cameiro. Su memoria rebobinó hacia adelante y la situación apareció como por arte de magia. Ahí estaban él y la señora de Cameiro, conversando. Él pedía un whiscola, la señora de Cameiro le hablaba de una telenovela brasilera. No parecía haber nada interesante allí, nada que le ayudase a entender un poco, salir de la confusión... Decidió desconectar el cassette. El uso en exceso de la memoria superlativa provoca un desgaste de energía mental insoponible para el común de la gente. Miró en su cerebro por última vez, si no encontraba nada olvidaría todo. Terminó de repasar la conversación sobre la telenovela, después venía una frase un poco incomprensible de la señora de Cameiro y después... pero, ¿qué querría decir esa frase? ¿Qué significaría? Dupont pisó el freno, la observó en cámara lenta: “Es muy interesante ver andar el movimiento de ese tipo de gente”. Al borde del agotamiento más total y absoluto, exhausto y moribundo, en el límite humano de las fuerzas musculares, cerebrales y espirituales, en medio de la desdicha más profunda y de la desesperanza más radical, asqueado de sí mismo y de esa situación, ennauseado del mundo y sus alrededores, tumbado del cansancio extremo, en un último esfuerzo, pensó: “Interesante”... “ver andar”... “el movimiento”... “de este tipo de gente”... “ver”... “movimiento”... “tipo”... “andar”... “andar”... “movimiento”... “andar y movimiento”... “el movimiento y el andar”... “como el movimiento y el andar”... No, no es posible, rezó Dupont. “Como el movimiento y el andar... andando...” No puede ser, no, por Dios. Pero sí... Es entonces posible... Ahí está la deducción... No, no es creíble... Pero no hay dudas... No cabe duda de que es eso... Ésa es la frase... “Como el movimiento se demuestra andando, pues... ¡andemos!” ¡Era la frase de la EEAPEPÉ! La señora de Cameiro había dicho –en clave– el mensaje de la EEAPEPÉ. Exhaló el aire que había inspirado hacía rato. Estaba –ahora sí, en serio– exhausto. No había nada en él que no estuviese agotado. Suspiró. Estaba –casi– muerto, pero no podía abandonar ahora, estando tan cerca de comprenderlo todo. En un esfuerzo verdaderamente sobrehumano, epopéyico, indescriptible, volvió al ruedo. Pensó en lo que había pensado hacía unos segundos, en lo que había descubierto, en la señora de

Cameiro. ¿Habría sido casualidad? Dupont quería creerlo así, pero no le era posible. Tembló de sólo imaginarlo. Lo imaginó y, como lo había previsto, tembló. Volvió a suspirar. ¿Sería realmente posible? ¿Sería la señora de Cameiro una agente de la EEAPEPÉ? ¿Sería ella quien lo había amenazado? Como un rayo, un trueno o cualquier otro fenómeno natural, Dupont comprendió todo. En un instante, en menos de lo que un reloj puede medir, su vida había basculado. De repente, como en otro rayo, su cabeza se llenó de imágenes, de asociaciones, de fragmentos que –al fin– encontraron un orden. Recordó la última vez que había ido a la morgue, allí estaba ella. Dupont se había agachado para atarse los cordones y la había visto, en la vereda de enfrente, tomando un taxi. ¿Qué podía estar haciendo la señora de Cameiro en un barrio tan alejado? ¿Lo estaría vigilando? ¿Habría estado cumpliendo una misión de la EEAPEPÉ? ¿Entregaría un parte diario con las actividades del detective? Y si así fuese, ¿qué clase de informe sería? ¿Constarían todas y cada una de las actividades de Dupont? ¿Cada uno de sus gustos, sus deseos, sus secretos? Si esto fuese, nuevamente, así, ¿no sería, entonces, todo a la inversa? ¿No sería él, en realidad, el investigado? ¿No sería él la obsesión de la EEAPEPÉ? ¿No sería Dupont el objeto de estudio? ¿Sería todo esto posible? Dupont estaba al filo de la inconciencia, bajo el estremecimiento. Quería temblar pero sus músculos no le respondían. Estaba a la deriva. Suspiró. De pronto, involuntariamente, volvió a recordar. Debido al agotamiento, la memoria superlativa había escapado a su control y funcionaba sola. ¿Qué imágenes vería? ¿Adónde lo llevaría? ¿A la infancia? ¿Al útero? Por suerte fue a una época más reciente. Revivió –en technicolor– el momento en que recibió el tercer mensaje de la EEAPEPÉ. Había un sobre por debajo de la puerta y una mujer que salía corriendo. ¿Una mujer? No cabía duda: la señora de Cameiro. Había sido ella, en persona, quien había tirado el sobre por debajo de la puerta. Ahora todo estaba claro como el agua del lago Maggiore, pero no de la parte sur, que no es tan limpia, está llena de desperdicios que salen de Milán, pasan por Monza, llegan a Stressa y desembocan en el lago; en Italia, en Suiza, en Francia y en Uruguay hay una red clandestina de cloacas de miles y miles de kilómetros, salen de una ciudad y llegan a otra, cada tanto explotan y no se entiende qué pasa, un pueblito de cientos de habitantes se llena –en horas– de toneladas de desperdicios y nadie sabe de dónde vienen; tampoco está limpia el agua de la parte norte, con esas casas burguesas, llenas de señores y señoras que pasan días sentados

frente a la tele, mirando películas en video –hay dos clases de personas: las que cuando se les recomienda una película dicen: “Voy a ir a verla” y las que dicen: “Tengo que alquilarla”–, con sus autos y sus perros y su olor a plata. No, en el lago Maggiore el agua está clara sólo en el medio del lago, donde los barquitos no llegan y el color es a veces azul y a veces transparente. Así estaban –¡al fin!– las cosas para Dupont. ¡Qué transparente le parecía todo ahora! ¡Qué claro! ¡Qué evidente! La señora de Cameiro... pero... claro... es bien posible: ¿Y si la señora se dio cuenta de que Dupont la descubrió? ¿Si sabe que él sabe? Y más aún: ¿si lo hizo sólo para que el detective supiese? ¿Si en lugar de ser un gran descubrimiento de Dupont la deducción que estaba a punto de resolver el caso, la llave de la felicidad, fuese sólo una trampa más de la EEAPEPÉ? ¿Si fuese un señuelo, una trampa para ver su reacción, un chiste? Dupont renació de su agotamiento y se enojó. Estaba ya harto de que todo fuese –al mismo tiempo– algo y su contrario. Había resuelto en su vida cientos de casos, pero ninguno como éste. Una cosa estaba clara: la señora de Cameiro pertenecía a la EEAPEPÉ. ¿Pero el resto? Nada. Podía formular mil hipótesis, pero también mil contrahipótesis. Percibía que estaba en el umbral del momento definitorio, en el escalón previo al escalón final. Estaba contento, cansado, moralmente destrozado; sentía orgullo, bronca, pesar, desazón, felicidad, dicha, tristeza, inquietud, algarabía, ingratitud, recelo, piedad, ambición. Sentía, también, un poco de calor. Transpiraba. Se dio cuenta de que, en realidad, era mucho lo que había avanzado, que la señora de Cameiro era, apenas, un detalle. Sabía que tenía en sus manos algo más, algo inmenso, inabarcable. Lo sentía, pero no tenía palabras para expresarlo. Era lo inexpresable. Lo intransferible. Lo sublime. En realidad era mucho más que eso: había alcanzado el sentimiento radical de la soledad. Él, Dupont, solo frente a la EEAPEPÉ. Frente a lo magnífico, lo grave. Frente a la meta-mafia universal. Cerró, un instante, los ojos. Los abrió y, otra vez, ya nada estaba igual. Ese bar era, definitivamente, extraño. El sol se había ido, le gente estaba amontonada en la barra viendo un discurso del Presidente Nasser, algunas sillas estaban sobre la mesa. Estaba agotado. Mucho más que agotado, pero satisfecho. Más que satisfecho. Sabía que había resuelto el caso, que había entrado en la historia, en los manuales. Ahora todo era cuestión de concluir, de dar la última puntada. De repente, en medio de la alegría, enmudeció. ¿La última puntada? ¿El final? Una especie de angustia recorrió su ser. ¿Y si todo fuese al revés? ¿Si la señora de Cameiro fue-

se la más honesta de las ciudadanas? ¿Y si él estuviese en un error? ¿Si la EEAPEPÉ no fuese eso que él creía, sino una organización caritativa? ¿Y si lo que separaba una meta-mafia universal de una organización caritativa no fuese, en realidad, tanto? Pero no. No podía estar equivocado. Y si lo estaba... en fin, si lo estaba... Siempre, absolutamente siempre, hay un momento en que se deja de dudar. Ante la revelación, sólo queda el silencio. Suspiró. Pagó, salió a la calle. Volvió a su casa. Sabía que la clave era la señora de Cameiro. Sabía que había llegado el momento de la definición.

SE DURMIÓ EN el acto. Muchas emociones a la vez dan, en el ochenta por ciento de los casos, sueño. Comenzó a soñar. Soñó que estaba en su casa, en la cocina de su casa y tenía hambre. No había nada en la heladera, sólo lechuga y dos fetas de jamón. Se vistió, va al mercado. Quiere comprar tomates. ¿Cuáles comprar? ¿Redondos o perita? Los redondos son mejores para ensaladas, más sabrosos, dan más jugo. Los perita son mejores para hacer sándwiches, no chorrean, se integran perfectamente al ketchup, a la mayonesa, a la mostaza, a la salsa golf o a cualquier otra salsa. ¿Qué hacer? Los perita van con el jamón y los redondos con la lechuga. ¿Comprar mitad perita y mitad redondos? ¿Encontrar una solución de compromiso? ¿Llegar al justo medio? ¿Encontrar el consenso? Su ex ya hubiese resuelto el problema: ella tenía toda una teoría de los tomates. Los perita le parecían secos, sosos, desabridos; servían sólo para regalar a las suegras y para pasarse por la espalda cuando se tienen ronchas. Pero a Dupont le da lo mismo uno u otro, allí reside el problema. Piensa en hacerse unos tomates rellenos; con redondos salen más grandes, con perita más delicados. Pero tendría que comprar atún, arroz, una buena mayonesa y eso lo desmoraliza. Dupont hace la cola, llega al mostrador, va a decirle a la vendedora qué desea, si redondos o perita, la vendedora le pregunta –efectivamente– qué desea, el detective abre la boca para responder, su cerebro emite la orden, los nervios transmiten la información, los músculos están a punto de actuar y... ¡suena el teléfono! Dupont se despierta. Sabe que estuvo soñando pero no se acuerda de

qué. El teléfono suena nuevamente. Su mano se estira lentamente. El sol entra por la ventana. El vecino de arriba está pasando la lustraspiradora. En la casa de enfrente, una chica corre la cortina, quiere ver si hace buen tiempo. Mira el cielo. No corre brisa. El teléfono suena por tercera vez. Dupont apoya los dedos de su mano derecha sobre el tubo, presiona con la palma y, en un movimiento perfecto, descuelga. Acerca el teléfono a la oreja. La chica de enfrente cierra la cortina. Un auto pasa, un hombre conduce. Tiene unos cincuenta años, parece abogado, contador, escribano, arquitecto, psicólogo, ingeniero hidroeléctrico. Dupont apoya el tubo contra su oreja y una voz femenina dice: “Cuarto mensaje: la respuesta está en Coney Island”. Dupont cuelga, ya lo sabe todo, no hay más sorpresa: es la señora de Cameiro, es la EEAPÉPÉ. Suspira. Por un segundo –esta vez sí– el mundo se detiene. “La respuesta está en Coney Island.” ¿Qué hacer? ¿Volar a Coney Island? ¿Cuándo? ¿A buscar qué? Se levanta, se viste, sale a la calle. El cielo se ha nublado, lloviznan gotas marrones. Toma un taxi. Comienza a mirar por la ventanilla, una casa, otra, un edificio, un árbol, un semáforo, un auto, otro auto, una casa, un edificio, un auto, un perro, una casa. Sin darse cuenta, ha llegado a la esquina del negocio donde trabaja la señora de Cameiro; seguramente está allí, vendiendo televisores. Paga, baja del taxi. Camina lentamente. Su corazón late a cañonazos, las manos transpiran sal. ¿Qué debía hacer? ¿Qué le dirá? ¿Por qué la respuesta está en Coney Island? ¿Qué papel ha jugado la señora de Cameiro en todo esto? Llega al negocio. Mira la vidriera. Veintiséis televisores dan el mismo programa. La señora de Cameiro está detrás del mostrador, sola, sin hacer nada. Como si no estuviese haciendo otra cosa que esperarlo a él. No hay nada en el mundo a esa hora que se mueva. Todo está quieto, inmóvil, mudo. El mundo está ahí sólo para que ellos estén en el mundo. A través de la vidriera, se miran. En sus ojos se cruza toda la información del mundo. Es ya el momento de entrar, de pasar el umbral. Piensa que debe planear una estrategia. Tener firmeza en la voz, no mostrar debilidades. Suspira. Vuelve a pensar. ¿Por qué está allí? ¿El taxi lo ha llevado realmente por azar? ¿Será una trampa? ¿Su fin? ¿Una emboscada de la EEAPÉPÉ? ¿Qué le preguntaría a la señora de Cameiro? ¿Qué, que ya no supiese? ¿Qué, que pudiese comprender? Mira la vidriera. Cierra los ojos. Piensa. Se dispone a entrar. Abre los ojos. ¿Será un buen día para comprar un televisor?





Damián Tabarovsky nació en Buenos Aires en 1967. Publicó las novelas *Fotos movidas*, *Coney Island*, *Bingo*, *Kafka de vacaciones*, *Las hernias*, *La expectativa*, *Autobiografía médica* y *Una belleza vulgar*; y los ensayos *Literatura de izquierda* y *Escritos de un insomne*. Varios de sus libros han sido traducidos al inglés, francés, alemán, portugués, griego y ruso. Además han sido publicados en España, México, y Chile. Desde hace años escribe una columna sobre temas literarios en la contratapa del suplemento “Cultura” del diario *Perfil*. Es editor de Mardulce ([www.mardulceeditora.com.ar](http://www.mardulceeditora.com.ar)).

#colecciónfueraSerie

Elvio Gandolfo - Libro de Mareo

Apegé - Provinciano

Damián Tabarovsky - Coney Island

Vanesa Guerra - Síndrome del Montón



[www.el8voloco.com.ar](http://www.el8voloco.com.ar)  
[www.trenenmovimiento.com.ar](http://www.trenenmovimiento.com.ar)